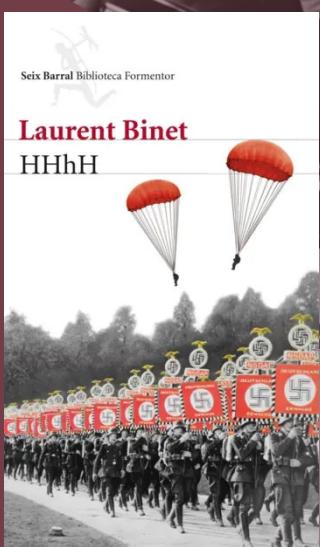




La Escalera  
Lugar de lecturas

COMIENZA A LEER...  
**LAURENT  
BINET**



# PRIMERA PARTE

De nuevo el pensamiento del prosista deja marcas sobre el árbol de la Historia, pero no nos corresponde a nosotros dar con el ardid que obligue al animal a entrar otra vez en su pequeña jaula.

OSIP MANDELSTAM,  
*El fin de la novela*

Gabčík, como se llama, es un personaje que ha existido de verdad. ¿Acaso ha oído de fuera, tras los postigos de un piso a oscuras, donde está solo y tumbado encima de un estrecho jergón, acaso ha escuchado el chirrido tan familiar de los tranvías de Praga? Quiero creer que sí. Como conozco bien Praga, no me es difícil imaginar el número del tranvía (aunque tal vez haya cambiado), ni su itinerario, ni siquiera el lugar desde el que, tras los postigos cerrados, Gabčík, en la cama, espera, piensa y escucha. Estamos en Praga, en la esquina de Vyšehradská con Trojička. El tranvía número 18 (o el 22) se ha detenido delante del Jardín Botánico. Estamos concretamente en 1942. En *El libro de la risa y el olvido*, Kundera deja entender que le da un poco de vergüenza tener que ponerle nombre a sus personajes, y aunque esa vergüenza apenas sea perceptible en sus novelas, en las que abundan los Tomas, las Tamina y muchas Tereza, es obvia la intuición de una evidencia: ¿hay algo más vulgar que atribuir de modo arbitrario, con la pueril intención de lograr un efecto de realidad o, en el mejor de los casos, sencillamente de comodidad, un nombre inventado a un personaje inventado? Aunque, en mi opinión, Kundera debería haber ido más lejos: ¿hay algo más vulgar, en realidad, que un personaje inventado?

Este Gabčík ha existido de verdad, y por difícil que parezca respondía a ese nombre (aunque no siempre). Su historia es igualmente tan verdadera como excepcional. Tanto él como sus camaradas son, a mi modo de ver, los autores de uno de los mayores actos de resistencia de la historia humana, e, incontestablemente, del mayor hecho de resistencia de la Segunda Guerra Mundial. Hace mucho tiempo que deseaba rendirle un homenaje. Hace mucho tiempo que lo veo a él, tumbado en esa pequeña habitación que tiene los postigos cerrados y la ventana abierta, atento al chirrido del tranvía que se detiene delante del Jardín Botánico (¿en qué sentido? No lo sé). Pero por mucho que lleve esta imagen al papel, como solapadamente estoy haciendo ahora, no estoy seguro de rendirle con ello un auténtico homenaje. Sé que

reduzco a este hombre al vulgar rango de personaje, y sus actos al de la literatura: alquimia infame, pero, ¿acaso puedo hacer otra cosa? No quiero arrastrar esta visión durante toda mi vida sin al menos haber intentado restituirla. Lo único que espero es que detrás de la espesa capa reflectante de idealización que voy a aplicar a esta historia fabulosa, el espejo sin azogue de la realidad histórica se deje todavía atravesar.

## 2

No recuerdo exactamente cuándo me habló mi padre de esta historia por primera vez, pero vuelvo a verlo, en mi cuarto de HLM<sup>[\*]</sup>, pronunciando las palabras «partisanos», «checoslovacos», quizá la de «atentado», con toda certeza la de «liquidar», y a continuación esta fecha: «1942». Yo había encontrado en su biblioteca una *Historia de la Gestapo*, escrita por Jacques Delarue, y había empezado a leer algunas páginas. Mi padre, al verme con ese libro en las manos, me hizo algunos comentarios de pasada: mencionó a Himmler, el jefe de la SS, y luego a su brazo derecho, Heydrich, protector de Bohemia-Moravia. Me habló de un comando checoslovaco enviado por Londres y de ese atentado. Él no conocía los detalles (y yo carecía de motivos suficientes para preguntárselos, ya que en aquella época ese acontecimiento histórico no ocupaba todavía el sitio que ocupa ahora en mi imaginario), pero noté en él esa ligera excitación que le caracteriza siempre que cuenta (en general por enésima vez, pues, por deformación profesional o por simple tendencia natural, le gusta repetirse) algo que de un modo u otro le ha impresionado. No creo que en ningún momento él mismo fuera consciente de la importancia que concedía a esa anécdota, porque cuando le hablé recientemente de mi intención de escribir un libro sobre el asunto, sólo percibí por su parte una educada curiosidad, sin el menor indicio de especial emoción. Pero no me cabe duda de que esa historia siempre lo ha fascinado, aunque no haya producido en él una impresión tan fuerte como en mí. También emprendo este libro para devolverle algo de eso: el resultado de unas pocas palabras ofrecidas a un adolescente por ese padre

que, en aquel entonces, no era todavía profesor de historia pero que, con unas cuantas frases imperfectas, sabía contarla muy bien.

La Historia.

### 3

Mucho antes de la separación de los dos países, cuando todavía era un niño, yo hacía ya la distinción entre checos y eslovacos gracias al tenis. Por ejemplo, sabía que Ivan Lendl era checo, mientras que Miroslav Mecir era eslovaco. Y si sabía que el eslovaco Mecir era un jugador más imaginativo, con mayor talento y más simpático que el checo Lendl, laborioso, frío, antipático (pero a pesar de ello número 1 mundial durante 270 semanas, récord batido únicamente por Pete Sampras con 286 semanas), también había aprendido de mi padre que durante la guerra los eslovacos habían colaborado y, en cambio, los checos habían resistido. En mi cabeza (cuya capacidad para percibir la asombrosa complejidad del mundo era entonces muy limitada), aquello significaba que, por naturaleza, todos los checos habían sido resistentes y todos los eslovacos colaboracionistas. Ni por un segundo había pensado en el caso de Francia, donde se nos acusaba de un esquematismo semejante: ¿es que nosotros, los franceses, no habíamos resistido y colaborado a la vez? A decir verdad, hasta que no supe que Tito era croata (no todos los croatas habían colaborado, del mismo modo que no todos los serbios habían resistido), no empecé a tener una visión más clara de la situación en Checoslovaquia durante la guerra: por un lado estaba Bohemia-Moravia (como se conocía a la actual Chequia), ocupada por los alemanes y anexionada al Reich (es decir, en tanto que poseedora del poco envidiable estatus de *Protectorat*, considerada como parte integrante de la Gran Alemania); y por otro lado estaba el Estado eslovaco, teóricamente independiente pero satelizado por los nazis. Esto no prejuzgaba en nada, evidentemente, el comportamiento individual de cada quien.

Cuando en 1996 llegué a Bratislava antes de ir a ejercer como profe de francés en una academia militar de Eslovaquia oriental, una de las primeras cosas que le pregunté al secretario del agregado de defensa en la embajada (aparte de información sobre mi equipaje, que había sido extraviado en dirección a Estambul) tenía que ver con la historia de aquel atentado. Este buen hombre, suboficial antiguamente especializado en las escuchas telefónicas en Checoslovaquia y reconvertido a la diplomacia al término de la guerra fría, me dio los primeros detalles sobre el asunto. Para empezar, fueron dos los que asesaron el golpe: un checo y un eslovaco. Me alegró saber que un súbdito de mi país de acogida había participado en la operación (por tanto, no cabía duda de que había habido resistentes eslovacos). Sobre el desarrollo de la operación en sí, me dijo poca cosa, salvo, creo yo, que una de las armas se había encasquillado en el momento de disparar sobre el coche de Heydrich (y así supe, en esa misma ocasión, que Heydrich iba en coche cuando ocurrieron los hechos). Pero lo que agudizó mi curiosidad fue sobre todo lo que sucedió a continuación: cómo los dos partisanos se refugiaron con sus amigos en una iglesia, y cómo los alemanes trataron de ahogarlos allí... Extraña historia esta. Yo quería algo con más precisión. Pero el suboficial no sabía nada más.

Poco tiempo después de mi llegada a Eslovaquia, conocí a una joven eslovaca muy bella de la que caí perdidamente enamorado y con la que iba a vivir una historia pasional que duraría casi cinco años. Gracias a ella pude obtener algunas informaciones supplementarias. Por de pronto, el nombre de los protagonistas: Jozef Gabčík y Jan Kubiš. Gabčík era el eslovaco y Kubiš el checo; al parecer, debido a la consonancia de sus patronímicos respectivos, es imposible confundirlos. En todo caso, aquellos dos hombres parecían ya formar parte integrante del paisaje histórico: de hecho, Aurelia,

la joven en cuestión, había aprendido sus nombres en la escuela, como cualquier otro niño checo o eslovaco de su generación, creo yo. Por lo demás, ella conocía el episodio a grandes rasgos, pero apenas si sabía algo más que mi suboficial. Tuve que esperar dos o tres años para tomar conciencia de lo que siempre había sospechado realmente: que aquella historia sobrepasaba en intensidad novelesca las más improbables ficciones. Y esto lo descubrí casi por azar.

Había alquilado para Aurelia un piso situado en el centro de Praga, entre el castillo de Vyšehrad y Karlovo náměstí, la plaza Carlos. Pues bien, de esta plaza sale una calle, la *ulice Resslova*, que llega hasta el río, donde se encuentra ese extraño edificio de cristal que parece ondular en el aire y que los checos llaman «*Tančící Dům*», la casa que baila. En esa calle Resslova, en la acera de la derecha según se baja, hay una iglesia. En uno de los laterales de esa iglesia hay una claraboya en torno a la cual son bien visibles en la piedra numerosos impactos de bala, y una placa, que menciona entre otros los nombres de Gabčík y de Kubiš, así como el de Heydrich, cuyo destino está desde entonces ligado al de ellos para siempre. Yo había pasado decenas de veces por delante de aquella claraboya sin fijarme ni en los impactos de bala ni en la placa. Pero un día me detuve: había dado con la iglesia donde los paracaidistas se habían refugiado después del atentado.

Volví luego con Aurelia a una hora en que la iglesia estaba abierta y pudimos visitar la cripta.

Y en la cripta estaba todo.

## 6

Estaban las huellas, aún terriblemente frescas, del drama que se había consumado en aquella sala apenas sesenta años antes: el reverso de la claraboya que se ve desde el exterior, el túnel excavado unos pocos metros, los impactos de las balas en las paredes y en el techo abovedado, dos pequeñas puertas de madera. También había unas fotos con los rostros de los paracaidistas, estaba el nombre de un traidor en un texto redactado en

checo y en inglés, había un impermeable vacío, un morral, una bici, todo ello reunido dentro de una vitrina, por supuesto había una metralleta Sten, de esas que se encasquillan en el peor momento, había mujeres evocadas, había imprudencias mencionadas, estaba Londres, estaba Francia, había legionarios, había un gobierno en el exilio, había un pueblo con el nombre de Lidice, había un joven centinela que se llamaba Valčík, había un tranvía que pasa, también éste, en el peor momento, había una máscara mortuoria, había una recompensa de diez millones de coronas para el hombre o la mujer que delatase, había cápsulas de cianuro, había granadas y gente para lanzarlas, había emisoras de radio y mensajes codificados, había un esguince en el tobillo, estaba la penicilina que sólo se podía conseguir en Inglaterra, había una ciudad entera bajo el poder de aquel a quien apodaban «El Verdugo», había banderas con la cruz gamada e insignias con calaveras, había espías alemanes que trabajaban para Inglaterra, había un Mercedes negro con un neumático reventado, había un chófer, había un carnicero, había dignatarios alrededor de un ataúd, había policías inclinados sobre unos cadáveres, había represalias terribles, estaba la grandeza y la locura, la debilidad y la traición, el valor y el miedo, la esperanza y la pena, todas las pasiones humanas estaban reunidas en unos pocos metros cuadrados, estaba la guerra y estaba la muerte, había judíos deportados, familias masacradas, soldados sacrificados, había venganza y cálculo político, había un hombre que, entre otros, tocaba el violín y practicaba esgrima, había un cerrajero que nunca pudo ejercer su oficio, estaba el espíritu de la Resistencia que se quedó grabado para siempre en esos muros, estaban los rastros de la lucha entre las fuerzas de la vida y las de la muerte, estaban Bohemia, Moravia, Eslovaquia, estaba toda la historia del mundo contenida dentro de unas pocas piedras.

Fuera había setecientos SS.

Tecleando en Internet descubrí la existencia de una película, titulada *Conspiracy*, en la que Kenneth Branagh hace el papel de Heydrich. Por cinco euros, gastos de envío incluidos, me apresuré a pedir el DVD, que me llegó al cabo de tres días.

Se trata de una recreación de la conferencia de Wannsee durante la cual, el 20 de enero de 1942, Heydrich, asistido por Eichmann, fijó en unas pocas horas el modo de aplicación de la Solución Final. En aquella fecha ya habían comenzado las ejecuciones masivas en Polonia y en la URSS, pero habían sido confiadas a los comandos de exterminio de la SS, los *Einsatzgruppen*, que se limitaban a concentrar a sus víctimas por centenas, incluso por millares, a menudo en un campo o en un bosque, antes de ametrallarlos. El problema de este método era que sometía los nervios de los verdugos a una dura prueba y dañaba la moral de las tropas, hasta de las más curtidas, como la SD o la Gestapo; el propio Himmler llegó a desmayarse cuando asistió a una de esas ejecuciones en masa. A continuación, los SS se habituaron a asfixiar a sus víctimas en unos camiones repletos de gente en su interior, en donde habían conectado el tubo de escape, pero la técnica no pasaba de ser algo relativamente artesanal. Después de Wannsee, el exterminio de los judíos, confiado por Heydrich a los buenos cuidados de su fiel Eichmann, fue administrado como un proyecto logístico, social, económico, es decir, algo de una gran envergadura.

La interpretación de Kenneth Branagh es bastante fina: consigue conjugar una extrema afabilidad con un tajante autoritarismo, lo que vuelve muy inquietante su personaje. De todos modos, no he leído en ninguna parte que el verdadero Heydrich diera la menor muestra de afabilidad, real o fingida, en ninguna circunstancia. Sin embargo, en una corta escena de la película se recrea bien al personaje en su dimensión tanto psicológica como histórica. Dos personas discuten en un aparte. Una le confía a la otra que ha oído decir que Heydrich tenía orígenes judíos y le pregunta si cree posible que ese rumor sea fundado. El segundo le responde acerbamente: «¿Por qué no se lo preguntamos a él directamente?» Su interlocutor palideció con sólo pensarlo. Al parecer es cierto que un persistente rumor acerca de que su padre era un judío persiguió durante mucho tiempo a Heydrich y envenenó

su juventud. No cabe duda de que este rumor era del todo infundado, ya que, a decir verdad, si ése hubiera sido el caso, Heydrich, en tanto que jefe de los servicios secretos del partido nazi y de la SS, habría podido hacer desaparecer sin el menor esfuerzo cualquier huella sospechosa en su genealogía.

Sea como fuere, aquélla no era la primera vez que el personaje de Heydrich fue llevado a la pantalla, ya que menos de un año después del atentado, en 1943, Fritz Lang rodaba una película de propaganda titulada *Los verdugos también mueren*, sobre un guion de Bertolt Brecht. Esta película reconstruía los hechos de una manera totalmente imaginaria (Fritz Lang ignoraba cómo habían ocurrido las cosas realmente, y de haberlo sabido no habría querido correr el riesgo de divulgarlo, naturalmente), pero bastante ingeniosa: Heydrich era asesinado por un médico checo, miembro de la Resistencia interior, que se refugiaba en casa de una muchacha cuyo padre, un profesor universitario, era llevado como rehén por el ocupante junto con otras personalidades locales y amenazado de muerte como represalia si el asesino no se entregaba. La crisis, tratada de manera extremadamente dramática (Brecht obliga, qué duda cabe), se desata cuando la Resistencia consigue endilgarle la responsabilidad a un traidor colaboracionista, con cuya muerte termina todo el asunto incluida la película. En la realidad, ni los partisanos ni los ciudadanos checos se libraron tan fácilmente.

Fritz Lang eligió representar a Heydrich, bastante groseramente, como un perverso afeminado, un completo degenerado que maneja una fusta para subrayar a la vez su ferocidad y sus costumbres depravadas. Es cierto que el verdadero Heydrich pasaba por ser un desequilibrado sexual y que era dado a poner una voz de falsete que contrastaba con el resto del personaje, pero su altivez, su envaramiento, su perfil de ario absoluto no tenían nada que ver con la criatura que se contonea en la película. A decir verdad, si se quisiera buscar una representación un poco más verosímil, convendría volver a ver *El Gran Dictador*, de Chaplin: se ve ahí a Hinkel, el dictador, flanqueado por dos esbirros, uno es un gordo fatuo adiposo que claramente toma como modelo a Goering, el otro es un tipo escuálido mucho más

astuto, frío y rígido: pero no es Himmler, con su pequeño bigote de zorro y mal perfilado, sino más bien Heydrich, su muy peligroso brazo derecho.

## 8

Por enésima vez volví a Praga. Acompañado por otra joven, la espléndida Natacha (francesa pese a su nombre: hija de comunistas, como todos nosotros), volví a pasar por la cripta. El primer día estaba cerrada por ser fiesta nacional, pero enfrente, algo de lo que nunca me había percatado hasta entonces, hay un bar que se llama «De los paracaidistas». Las paredes de su interior están cubiertas de fotos, documentos, frescos y carteles relativos al asunto. Al fondo, una gran pintura mural reproduce la Gran Bretaña, con puntos que señalan las diferentes bases militares donde los comandos del ejército checo en el exilio se preparaban para sus misiones. Bebí allí una cerveza con Natacha.

Al día siguiente fuimos a una hora laborable y le enseñé la cripta a Natacha, que tomó algunas fotos a petición mía. En el vestíbulo se proyectaba una película que reconstruía el atentado: traté de localizar los lugares del drama para luego ir a visitarlos, pero estaban lejos del centro de la ciudad, en el extrarradio. Los nombres de las calles habían cambiado, todavía me costaba situar con precisión el lugar exacto del ataque. A la salida de la cripta, me hice con un folleto bilingüe que anunciaba una exposición titulada «Atentát» en checo, «Asesinato» en inglés. Entre ambos títulos, una foto mostraba a Heydrich rodeado de oficiales alemanes y flanqueado por su brazo derecho local, el sudeste Karl Hermann Frank, todos impeccablemente uniformados, dispuestos a trepar por unas escaleras alfombradas. Sobre el rostro de Heydrich se había impreso una diana roja. La exposición tenía lugar en el museo del Ejército, cerca de Florenc, la estación de metro, pero no se indicaba ninguna fecha (sólo se mencionaban los horarios del museo). Acudimos allí ese mismo día.

En la entrada del museo, una señora bajita y de bastante edad nos recibió con mucha solicitud: parecía feliz de tener visitantes y nos invitó a

recorrer las diferentes galerías del edificio. Pero sólo me interesaba una, y así se lo indiqué: aquella cuya entrada estaba decorada con un enorme cartón piedra que anunciaba, como si fuera el cartel de una película de terror hollywoodiense, la exposición sobre Heydrich. Me pregunté si aquella exposición sería permanente. En todo caso, era gratuita, como el resto del museo, y la señora bajita, después de inquirir sobre nuestra nacionalidad, nos entregó un folleto informativo en inglés (sentía muchísimo no poder ofrecérnoslo más que en inglés o alemán).

La exposición sobrepasaba todas mis expectativas. Allí sí que estaba todo de verdad: además de fotos, cartas, afiches y documentos diversos, vi las armas y los efectos personales de los paracaidistas, la documentación suministrada por los servicios ingleses, con notas, estimaciones, evaluaciones de riesgos, el Mercedes de Heydrich, con su neumático reventado y su agujero en la portezuela trasera derecha, la carta fatal del amante a su querida, que fue la causa de la masacre de Lidice, al lado de sus respectivos pasaportes con su foto, y muchos más rastros de lo que había ocurrido, auténticos y turbadores. Tomé notas febrilmente, a sabiendas de que había demasiados nombres, fechas, detalles. Al salir, le pregunté a la señora bajita si me sería posible adquirir el folleto que me había entregado para la visita, en el que estaban reproducidos todos los textos y comentarios de la exposición: me dijo que no con aspecto desolado. El librito, muy bien hecho, estaba encuadrado a mano y era obvio que no estaba destinado a su comercialización. Al ver mi perplejidad, y sin duda conmovida por mis esfuerzos por chapurrear el checo, la señora bajita acabó por quitarme el folleto de las manos y meterlo en el bolso de Natacha con determinación. Nos hizo una seña para que nos calláramos y nos fuéramos. La despedimos efusivamente. La verdad era que, visto el número de visitantes del museo, seguramente nadie echaría en falta aquel folleto. Aun así, había sido extremadamente amable. Dos días después, una hora antes de la salida de nuestro autocar para París, regresé al museo para ofrecerle unos bombones a aquella señora bajita quien, muy confusa, se negaba a aceptarlos. La riqueza del folleto que ella me había dado era tal que sin él —y por tanto sin ella— este libro carecería de la forma que va a cobrar a partir de ahora.

Lo que lamento es no haberme atrevido a preguntarle su nombre, para poder agradecérselo aquí todavía con un poco más de solemnidad.

## 9

Cuando estaba en el instituto, Natacha participó dos años seguidos en un concurso sobre la Resistencia, y las dos veces acabó la primera, lo que, hasta donde yo sé, no se había producido nunca antes y tampoco se volvería a repetir después. Esa doble victoria le dio la ocasión de ser una de las abanderadas en una ceremonia conmemorativa y de visitar un campo de concentración en Alsacia. Durante el trayecto, estuvo sentada al lado de un antiguo resistente que le tomó mucho cariño. Él le prestó libros, documentos, pero al poco tiempo se perdieron de vista. Diez años más tarde, cuando me contó esta historia con la culpabilidad que cualquiera puede imaginarse, ya que ella seguía en posesión de los documentos prestados sin saber siquiera si aquel resistente todavía vivía, la animé a recuperar de nuevo su contacto y, aunque el individuo acabó por irse a vivir al otro extremo de Francia, di con su rastro.

Fue así como acudimos a visitarlo donde vivía, en una hermosa casa completamente blanca, cerca de Perpiñán, en donde se había instalado con su mujer.

Entre sorbitos de moscatel escuchábamos su relato de cómo había entrado en la Resistencia, cómo se había pasado al maquis, en qué consistía su actividad. En 1943, él tenía diecinueve años y trabajaba en la lechería de su tío, quien, suizo de origen, hablaba alemán; lo hacía tan bien que los soldados que acudían a avituallarse habían tomado la costumbre de entretenérse allí un poco más para charlar con alguien que hablaba su lengua. Al principio, le preguntaron si podría entresacar alguna información interesante de las frases intercambiadas entre los soldados y su tío, algo sobre movimientos de tropas, por ejemplo. Luego le pidieron que hiciera acciones de paracaidismo, que consistían en ayudar a recuperar las cajas con material lanzadas en paracaídas por los aviones aliados durante la

noche. Finalmente, cuando tuvo edad de ser reclutado por el STO<sup>[\*]</sup> y, en consecuencia, amenazado de ser enviado a Alemania, se pasó al maquis, donde sirvió en unidades de combate y participó en la liberación de Borgoña, por lo visto muy activamente, a juzgar por el número de alemanes que dijo haber matado.

Su historia me interesó de veras, pero esperaba también aprender algo que pudiera serme útil de cara a mi libro sobre Heydrich. Aunque no tenía ni idea de qué exactamente.

Le pregunté si había seguido una instrucción militar una vez que se había enrolado en el maquis. Ninguna, me dijo. Con el tiempo sí le enseñaron el manejo de una ametralladora pesada y tuvo algunas sesiones de entrenamiento para su montaje y desmontaje con los ojos vendados, así como prácticas de tiro. Pero el día que llegó le pusieron en las manos una metralleta y no le dijeron nada más. Una metralleta inglesa, una Sten. Un arma nada fiable, al parecer: bastaba con que la culata golpease el suelo para que vaciase al aire todo el cargador. Una porquería. «La Sten era una pura mierda, no se puede decir más que eso.»

Una pura mierda, entonces...

## 10

He dicho antes que la eminencia gris de Hynkel-Hitler en *El Gran Dictador* de Chaplin se inspiraba en Heydrich, pero es falso. No me refiero al hecho de que en 1940 Heydrich fuera un hombre en la sombra absolutamente desconocido para la mayoría, *a fortiori* americana. El problema evidentemente no es ése: Chaplin habría podido *adivinar* su existencia y acertar de pleno. La verdad es que el esbirro del dictador en la película está presentado como una serpiente cuya inteligencia contrasta con la ridiculez de quien parodia al gordo Goering, pero el personaje está asimismo cargado de una dosis de bufonería y pusilanimidad en la que no es posible reconocer al futuro carníero de Praga.

A propósito de recreaciones cinematográficas de Heydrich, acabo de ver en la tele una vieja película de Douglas Sirk (que era de origen checo) titulada *Hitler's Madman*. Se trata de un film de propaganda, americano, rodado en una semana, estrenado poco tiempo antes del de Fritz Lang, *Los verdugos también mueren*, en 1943. La historia, totalmente imaginaria (al igual que la de Lang), sitúa el corazón de la Resistencia en Lidice, el pueblo mártir que acabará como Oradour. El argumento consiste en el compromiso de los habitantes para proteger a un paracaidista llegado de Londres: ¿lo ayudarán, se mantendrán al margen, lo delatarán? El problema de la película es que reduce la organización del atentado a una iniciativa local, basada en una concatenación de casualidades y coincidencias (Heydrich atraviesa por azar el pueblo de Lidice, donde se esconde por azar un paracaidista, y también por azar se sabe la hora a la que pasa el coche del protector, etcétera). La intriga es mucho menos intensa que la del film de Lang, en la que, con Brecht al guion, la fuerza dramática se despliega para constituir una verdadera epopeya nacional.

Por el contrario, el actor que encarna a Heydrich en la película de Douglas Sirk es excelente. Por de pronto se le parece físicamente. Además, llega a reproducir la brutalidad del personaje sin recargarlo de tics demasiado exagerados, fácil recurso al que Lang había cedido so pretexto de subrayar su alma degenerada. Es cierto que Heydrich era un cerdo maléfico y despiadado, pero no era Ricardo III. El actor en cuestión es John Carradine, el padre de David Carradine, alias Bill con Tarantino. La escena más lograda de la película es la de la agonía: Heydrich en la cama, moribundo y roído por la fiebre, larga a Himmler un discurso cínico que, por primera vez, tiene resonancias shakespearianas, aunque no por eso ha dejado de parecerme bastante verosímil: ni cobarde ni heroico, el verdugo de Praga se extingue sin arrepentimiento ni fanatismo, sólo apenado por dejar la única vida a la que estaba en verdad unido, la suya.

«Verosímil», como he dicho.

Pasan los meses, se convierten en años, durante los cuales esa historia no deja de crecer en mí. Y mientras transcurre mi vida, hecha como la de todos a base de alegrías, de dramas, de decepciones y de esperanzas personales, los anaqueles de mi apartamento se cubren de libros sobre la Segunda Guerra Mundial. Devoro cuanto cae en mis manos en todas las lenguas posibles, voy a ver todas las películas que salen —*El pianista*, *El hundimiento*, *Los falsificadores*, *Te Black Book*, etcétera— y mi tele queda bloqueada en el canal Historia que dan por cable. Aprendo multitud de cosas, y aunque algunas no guardan más que una lejana relación con Heydrich, me digo que todo puede servir, que hay que impregnarse de una época para comprender su espíritu, y luego el hilo del conocimiento se desenrolla solo, una vez que se empieza a tirar de él. La amplitud del saber que llego a acumular termina por asustarme. Escribo dos páginas cada mil que leo. A ese ritmo, moriré sin haber evocado más que lo que serían los preparativos del atentado. Siento claramente que mi sed de documentación, sana en principio, se torna poco a poco en perjudicial: en resumidas cuentas, se convierte en un pretexto para demorar el momento de la escritura.

Mientras tanto, tengo la impresión de que todo en mi vida cotidiana me conduce a esa historia. Natacha alquila un estudio en Montmartre, el código de la puerta de entrada es el 4206, enseguida pienso en junio del 42. Natacha me anuncia la fecha de la boda de su hermana, y yo exclamo alegremente: «¿El 27 de mayo? ¡Increíble! ¡El día del atentado!» (Natacha está consternada.) Pasamos por Múnich el último verano, de regreso de Budapest: en la gran plaza de la ciudad vieja, reunión alucinante de neonazis, los avergonzados muniqueses me dicen que nunca habían visto algo así (no sé si creerlos, la verdad). Veo por primera vez en mi vida una de Rohmer, en DVD: el personaje principal, un agente doble en los años treinta, se encuentra con Heydrich en persona. ¡En una de Rohmer! Es divertido constatar cómo, cuando nos interesamos a fondo por un tema, todo parece remitirnos a él.

Leo también muchas novelas históricas, para ver cómo se desenvuelven los otros con las imposiciones del género. Algunos saben dar prueba de un rigor extremo, otros pasan ampliamente, otros incluso llegan a bordear

hábilmente los muros de la verdad histórica sin tener que fantasear demasiado. Lo que más me impresiona es el hecho de que en todos los casos la ficción se impone a la Historia. Es lógico, pero en mi caso no sé cómo resolverlo.

Un modelo de acierto, en mi opinión, es *Le Mors aux dents*, de Vladimir Pozner, que cuenta la historia del barón Ungern, con quien se mide Corto Maltés en *Corto Maltés en Siberia*. La novela de Pozner se divide en dos partes: la primera se desarrolla en París, y relata las pesquisas del escritor a la hora de recoger testimonios sobre su personaje. La segunda nos sumerge brutalmente en el corazón de Mongolia, y de golpe nos vuelca en la novela propiamente dicha. El efecto es sorprendente y muy logrado. Releo esa parte de vez en cuando. De hecho, para ser preciso, las dos partes están separadas por un pequeño capítulo de transición titulado «Tres páginas de Historia», que termina con esta frase: «1920 acababa de empezar».

Lo encuentro genial.

## 12

Maria intenta torpemente tocar el piano desde hace una hora, cuando oye entrar a sus padres. Bruno, el padre, le abre la puerta a su mujer, Elizabeth, que lleva un bebé en los brazos. Llaman a la niña: «¡Ven a ver, Maria! Mira, es tu hermanito. Es muy pequeño y hay que quererlo mucho. Se llama Reinhardt.» Maria asiente sin convicción. Bruno se inclina con delicadeza sobre el recién nacido. «¡Qué guapo es! —dice—. ¡Y qué rubio!, dice Elizabeth. Será músico.»

## 13

Desde luego, yo podría, incluso debería describir detenidamente, a modo de introducción en una decena de páginas, siguiendo el ejemplo de Victor Hugo, la apacible ciudad de Halle, donde nació Heydrich en 1904.

Habaría de las calles, de las tiendas, de los monumentos, de todas las peculiaridades locales, de la organización municipal, de las diferentes infraestructuras, de las especialidades gastronómicas, de sus habitantes y de su estado de ánimo, de sus modales, de sus tendencias políticas, de sus gustos y aficiones. Luego abriría el zoom hacia la casa de los Heydrich, el color de los postigos, el de las cortinas, la disposición de las habitaciones, la madera de la mesa central del salón. Vendría después una minuciosa descripción del piano, acompañada de una larga parrafada sobre la música alemana de comienzos de siglo, su sitio en la sociedad, sus compositores, la cuestión de la recepción de las obras, la importancia de Wagner... y ahí, precisamente ahí, comenzaría mi relato propiamente dicho. Recuerdo una interminable digresión, de por lo menos ochenta páginas, en *Notre-Dame de París*, sobre el funcionamiento de las instituciones judiciales en la Edad Media. Se me hizo muy pesado, por eso me salté ese pasaje.

He optado por estilizar algo mi historia. Eso me viene de perlas porque, si bien en algunos episodios ulteriores puede que necesite resistir a la tentación de demostrar mi saber detallando en exceso tal o cual escena sobre la que estoy superdocumentado, tengo que confesar que por lo que respecta a la ciudad natal de Heydrich mis conocimientos flaquean un poco. Hay dos ciudades que llevan el nombre de Halle en Alemania, y ahora mismo ni yo sé a cuál me refiero. Decido, de manera provisional, que eso no es importante. Vamos a ver.

## 14

El maestro llama a los alumnos uno por uno: «¡Reinhardt Heydrich!» Reinhardt da un paso adelante, pero un niño levanta el dedo: «¡Señor! ¿Por qué no lo llama por su verdadero nombre?» Un estremecimiento de placer recorre la clase. «¡Se llama Süss, todo el mundo lo sabe!» La clase estalla, los alumnos gritan. Reinhardt no dice nada, aprieta los puños. Nunca dice nada. Tiene las mejores notas de la clase. Pronto será el mejor en gimnasia. Y no es judío. Por lo menos eso espera. Fue su abuela, por lo visto, la que

se casó en segundas nupcias con un judío, pero eso no tiene nada que ver con su auténtica familia. Es lo que ha creído comprender, entre los rumores de la gente y las negaciones indignadas de su padre, aunque a decir verdad no está completamente seguro. Mientras tanto, va a hacer callar a todos con la gimnasia. Y esa tarde, cuando vuelva a casa, antes de que su padre le dé su lección de violín, podrá decirle que sigue siendo el primero, y su padre estará orgulloso de él, y lo felicitará.

Pero esa tarde no habrá lección de violín, y Reinhardt no podrá contar cómo le ha ido en la escuela a su padre. Cuando llegue a casa, sabrá que están en guerra.

—¿Por qué estamos en guerra, papá?

—Porque Francia e Inglaterra tienen envidia de Alemania, hijo mío.

—¿Por qué tienen envidia?

—Porque los alemanes son más fuertes que ellos.

## 15

Nada hay más artificial, en un relato histórico, que esos diálogos reconstruidos a partir de testimonios más o menos de primera mano, so pretexto de insuflarle vida a las páginas muertas del pasado. En estilística, esta forma se emparenta con la figura de la hipotiposis, que consiste en describir un cuadro tan vivamente que le dé al lector la impresión de tenerlo delante de sus ojos. Cuando se trata de hacer revivir una conversación, el resultado es a menudo forzado, y el efecto obtenido es el inverso del deseado: lo veo un método demasiado artificioso, incluso oigo demasiado la voz del autor que quiere recuperar la de unas figuras históricas de las que intenta apropiarse.

Sólo hay tres casos en los que se puede restituir un diálogo con absoluta fidelidad: a partir de un documento de audio, o de uno de vídeo o de uno taquigráfico. Incluso este último modo no es una garantía completamente segura del texto exacto de la frase, coma arriba coma abajo. Aunque puede decirse que, si bien a veces sucede que el taquígrafo condensa, resume,

reformula, sintetiza los extremos, el espíritu y el tono del discurso son, pese a todo, restituidos de manera globalmente satisfactoria.

Sea como sea, mis diálogos, cuando no puedan fundarse sobre fuentes precisas, fiables o exactas palabra por palabra, serán totalmente inventados. En ocasiones, en ese caso, les asignaré una función, no de hipotiposis, sino más bien, digamos por el contrario, de parábola. Por un lado la extrema exactitud y por otro lado la extrema ejemplaridad. Y para que no haya confusión al respecto, todos los diálogos que me invente (no habrá muchos) serán tratados como escenas teatrales. Una gota de estilización, por tanto, en el océano de lo real.

## 16

El pequeño Heydrich, muy mono, muy rubio, buen alumno aplicado, amado por sus padres, violinista, pianista, químico incipiente, posee una voz chillona que le vale un apodo, el primero de una larga lista: en la escuela lo llaman «la cabra».

En esa época todavía cualquiera puede burlarse de él sin jugarse la vida. Pero es también el delicado periodo de la infancia en que se aprende el resentimiento.

## 17

En *La muerte es mi oficio*, Robert Merle reconstruye la biografía novelada de Rudolf Hoess, el comandante de Auschwitz, a partir de los testimonios y las notas que éste dejó en la prisión antes de ser ahorcado en 1947. Toda la primera parte está centrada en su infancia, en su educación mortificada hasta extremos increíbles por un padre ultraconservador de una psicología completamente rígida. La intención del autor es evidente: trata de hallar las causas, cuando no las explicaciones, de la trayectoria de un

hombre así. Robert Merle intenta adivinar —digo adivinar, no comprender — cómo se puede llegar a ser comandante de Auschwitz.

No es mi intención —digo intención, no ambición— hacer lo mismo con Heydrich. No quiero demostrar que Heydrich fuera el responsable de la Solución Final porque sus compañeros de clase lo llamasen «la cabra» cuando tenía diez años. Tampoco creo que las vejaciones de las que fue víctima porque se le tenía por judío deban explicarlo todo necesariamente. Me limito a mencionar esos hechos por la coloración irónica que confieren a su destino: «la cabra» pasará a ser llamado, en la cumbre de su poder, «el hombre más peligroso del III Reich», y el judío Süss va a transformarse en el Gran Planificador del Holocausto. ¿Quién habría sido capaz de adivinar algo semejante?

## 18

Imagino la escena.

Reinhardt y su padre, inclinados sobre un mapa de Europa desplegado sobre la gran mesa del salón, cambian de lugar unas banderitas. Están muy concentrados porque el momento es grave, la situación se ha vuelto muy seria. Algunas sublevaciones han debilitado el glorioso ejército de Guillermo II. Pero también han causado estragos en el ejército francés. Y en Rusia decididamente ha triunfado la revolución bolchevique. Por fortuna, Alemania no es Rusia, ese país tan atrasado. La civilización germánica descansa sobre pilares tan sólidos que los comunistas jamás podrán destruirla. Ni ellos ni Francia. Ni los judíos, evidentemente. En Kiel, en Múnich, en Hamburgo, en Bremen, en Berlín, la disciplina alemana va a recuperar las riendas de la razón, del poder y de la guerra.

Pero la puerta se abre. Elizabeth, la madre, irrumpie de pronto en la habitación. Está completamente enloquecida. El Káiser ha abdicado. Se ha proclamado la república. Se ha nombrado a un socialista para la chancillería. Quieren firmar el armisticio.

Reinhardt, mudo de estupor, con los ojos como platos, se vuelve hacia su padre. Éste, al cabo de unos interminables segundos, alcanza a murmurar una sola frase: «No es posible.» Estamos en el 9 de noviembre de 1918.

## 19

No sé por qué Bruno Heydrich, el padre, era antisemita. Lo que sé, en cambio, es que se le consideraba un hombre muy gracioso. Era, por lo visto, bastante divertido, un auténtico animador. Se decía incluso que sus chistes eran demasiado graciosos para no ser judío. Al menos este argumento no podrá ser utilizado contra su hijo, ya que no se distinguió jamás por tener un gran sentido del humor.

## 20

Alemania ha perdido, de ahora en adelante el país se encamina hacia el caos y, según una franja creciente de la población, los judíos y los comunistas lo llevan a la ruina. El joven Heydrich, como todo el mundo, desea vagamente liarse a puñetazos. Se afilia a las *Freikorps*, esas milicias que quieren sustituir al ejército combatiendo contra todo lo que esté a la izquierda de la extrema derecha.

A su vez, esos Cuerpos libres, organizaciones paramilitares dedicadas a la lucha contra el bolchevismo, ven oficializada su existencia por un gobierno socialdemócrata. Mi padre diría que no hay por qué sorprenderse por ello, en su opinión los socialistas han traicionado siempre. Pactar con el enemigo es su segunda naturaleza. Y daría un montón de ejemplos. En aquel caso, fue un socialista quien aplastó la revolución spartakista y mandó liquidar a Rosa Luxemburg. Por los Cuerpos libres.

Podría hacer algunas matizaciones sobre el grado de compromiso de Heydrich en esos Cuerpos libres, pero no me parece necesario. Basta con saber que, en tanto que afiliado, forma parte de las «tropas de apoyo

técnico», cuya labor era impedir las ocupaciones de las fábricas y asegurar el buen funcionamiento de los servicios públicos en caso de huelga general. ¡Ya tenía tan agudo ese sentido del Estado!

Lo bueno de las historias verdaderas es que uno no tiene que preocuparse de dar sensación de realidad. No necesito hacer actuar al joven Heydrich en aquel periodo de su vida. Entre 1919 y 1922, vive siempre en Halle (Halle-an-der Saale, lo he comprobado), en casa de sus padres. Durante ese tiempo, los Cuerpos libres proliferan por todas partes. Uno de ellos procede de la célebre brigada de marina «blanca» del capitán de corbeta Ehrhardt. Tiene por insignia una cruz gamada, y su canto de guerra reza así: *Hakenkreuz am Stahlhelm* («Cruz gamada en casco de acero»). En mi opinión, con un decorado como éste, ¿qué sentido tiene hacer la descripción más morosa del mundo?

## 21

Hay crisis, el paro hace estragos en Alemania, los tiempos son duros. El pequeño Heydrich quería ser químico, sus padres siempre habían soñado con convertirlo en músico. Pero en tiempos de crisis, el mejor refugio es el ejército. Fascinado por las hazañas del legendario almirante von Luckner, que es amigo de la familia y que en el best seller epónimo que escribió para su propia gloria se autodenomina «el demonio de los mares», Heydrich se enrola en la marina. Una mañana de 1922, el alto y rubio joven se presenta en la escuela de oficiales de Kiel, llevando en la mano un estuche de violín negro, regalo de su padre.

## 22

El *Berlin* es un crucero de guerra de la marina alemana que tiene como segundo comandante al teniente de navío Wilhelm Canaris, héroe de la primera guerra, ex agente secreto y futuro jefe del contraespionaje de la

Wehrmacht. Su mujer, violinista, organiza los domingos unas veladas musicales en su casa. Certo día se produce una vacante en su cuarteto de cuerdas. El joven Heydrich, que sirve en el *Berlin*, es invitado para completar la orquesta. Aparentemente interpreta muy bien y sus anfitriones, al contrario que sus camaradas, aprecian su compañía. Se convierte así en un habitual de las veladas musicales de *Frau Canaris*, en las que escucha las historias de su jefe, que le causan gran impresión. «¡Ah, el espionaje!», se dice a sí mismo, mientras sueña despierto.

## 23

Heydrich es un apuesto oficial de la *Reichsmarine* y un temible tirador de esgrima. Su reputación de espadachín en diferentes torneos le granjea el respeto de sus camaradas, ya que no su amistad.

Cierto año, Dresde organiza un concurso para los oficiales alemanes. Heydrich participa en la modalidad de sable, el arma más brutal, su especialidad. El sable, al contrario que el florete, que toca únicamente con la punta, ha de tirar una estocada, haciendo un tajo con el filo, y sus golpes, lanzados como latigazos, son infinitamente más violentos. El desempeño físico de los sablistas es en consecuencia más espectacular. Todo eso le va a la perfección al joven Reinhardt. Aquel día, sin embargo, se le ve maltrecho desde el primer asalto. ¿Quién es su adversario? Mis investigaciones no me han permitido saberlo. Me imagino a uno zurdo, rápido, astuto, moreno, puede que hasta medio judío, lo que ya sería mucho, o quizá un cuarto. Un tirador nada impresionable, que esquiva, rechaza el duelo, multiplica las fintas y requiebros, convertidos en pequeñas provocaciones. Sin embargo, Heydrich es con mucho el favorito. Eso lo enerva cada vez más, yerra los golpes y se pierden en el aire, en ocasiones llega a salirse de su marca. Pero en el último toque, casi al límite de sus nervios, cae en una trampa, entra con demasiado vigor, y encaja una parada-respuesta que le da en la cabeza. Siente el filo del contrario restallar sobre su casco. Es eliminado en el

primer combate. De rabia, estrella su sable contra el suelo. Los jueces le imponen una sanción por ello.

## 24

El 1.º de mayo, tanto en Alemania como en Francia, es la fiesta del trabajo, cuyo origen se remonta a una lejana decisión de la Segunda Internacional tomada en homenaje a una gran huelga obrera que tuvo lugar un 1.º de mayo en Chicago en 1886. Sin embargo, también es el aniversario de un acontecimiento cuya importancia no pudo ser sopesada en su momento, pero sus consecuencias fueron incalculables y evidentemente no se festeja en ningún país: el 1.º de mayo de 1925 Hitler creaba un cuerpo de élite originalmente destinado a garantizar su seguridad personal, una guardia próxima formada por fanáticos muy entrenados que respondieran a criterios raciales extremadamente estrictos. Es la «grada protectora», la *Schutz Staffel*, también conocida como la SS.

En 1929, esta guardia especial se transforma en una verdadera milicia, organización paramilitar confiada a los buenos cuidados de Himmler. Después de conquistar el poder en el 33, éste declara, durante una alocución en Múnich:

«Cada Estado necesita una élite. La élite del Estado nacionalsocialista es la SS. En ella se perpetúan, sobre la base de la selección racial, conjugada con las exigencias actuales, la tradición militar alemana, la dignidad y la nobleza alemanas y la eficacia de la industriosidad alemana.»

## 25

Nunca he conseguido hacerme con el libro escrito después de la guerra por la mujer de Heydrich, *Leben mit einem Kriegsverbrecher* («Vivir con un criminal de guerra», en francés, aunque la obra jamás ha sido traducida ni al francés ni al inglés). Me imagino que ese libro sería una mina de

información para mí, pero nunca he llegado a ponerle la mano encima. Parece ser que es una obra extremadamente rara, cuyo precio, en Internet, por lo general oscila entre 350 y 700 euros. Supongo que los neonazis alemanes, fascinados por Heydrich, el nazi que nunca se habrían atrevido a soñar ser, son los responsables de ese coste tan exorbitante. Una vez lo encontré por 250 euros y quise cometer la locura de encargarlo. Por fortuna para mi presupuesto, la librería alemana que lo había puesto a la venta no aceptaba pagos con tarjeta de crédito. Si quería recibir el preciado volumen, tenía que ordenarle a mi banco una transferencia a una cuenta en Alemania. Consistía en una interminable serie de números y de letras, y la operación además no podía hacerse directamente por Internet, tenía yo que desplazarme hasta mi sucursal bancaria. Ante esta perspectiva, con todo lo que implica de deprimente para cualquier individuo medio, me disuadí de proseguir con la operación. De todos modos, como mi nivel de alemán no pasa de una clase de 5.<sup>º</sup> (aunque di ocho años en la escuela), la inversión era un poco aleatoria.

Por tanto, tengo que pasarme sin ese documento capital. Y precisamente ahora que llego ya a la fase de esta historia en la que tengo que contar cómo Heydrich conoció a su mujer. No cabe duda de que es aquí, más que en ningún otro pasaje, donde esa rarísima y onerosa obra me habría sido de gran ayuda.

Cuando digo «tengo que» no quiero decir, por supuesto, que sea absolutamente necesario. Podría muy bien contar toda la «Operación Antropoide» sin mencionar ni una sola vez el nombre de Lina Heydrich. Por otra parte, si esbozo el personaje de Heydrich, como parezco muy deseoso de hacer, me es difícil ignorar el papel que tuvo su esposa en su ascensión a la cúpula de la Alemania nazi.

Al mismo tiempo, no me disgusta en absoluto evitar la versión romántica de su idilio, ya que la señora Heydrich se habrá encargado de nutrirla profusamente en sus memorias. Evito así la tentación de una escena de novela rosa. Y no es que me niegue a considerar los aspectos humanos de un ser como Heydrich. No soy de esos que se han ofuscado con la película *El hundimiento* porque en ella se ve (entre otros) a un Hitler amable con sus secretarias y cariñoso con su perro. Naturalmente, supongo

que Hitler podía ser amable de vez en cuando. Tampoco dudo, a juzgar por los facsímiles de las cartas que le dirigía, que Heydrich se enamorase sinceramente de su mujer cuando la conoció. En aquella época, era una chica de sonrisa agradable, que podía incluso pasar por bonita, lejos aún de la madrastra de rostro duro en que iba a convertirse.

Pero su encuentro, tal como lo relata un biógrafo basándose expresamente en los recuerdos de Lina, es en realidad demasiado *kitsch*: durante un baile en que teme aburrirse toda la velada porque no hay bastantes muchachos, ella y su amiga se dejan abordar por un oficial de cabello negro que va acompañado de un rubito tímido. Flechazo en el tímido. Cita dos días más tarde en el parque Hohenzollern de Kiel (muy bonito, he visto fotos), paseo romántico por la orilla de un pequeño lago. Teatro al día siguiente y luego un pequeño cuarto donde, me imagino, se acuestan juntos, aunque el biógrafo se vuelve muy púdico en este punto: la versión oficial es que Heydrich llega con su más elegante uniforme, van juntos a beber una copa después de pasar por la habitación, guardan silencio delante de sus vasos y de repente, sin previo aviso, Heydrich le pide matrimonio. «*Mein Gott, Herr Heydrich, ¡pero si usted no sabe nada de mí ni de mi familia! ¡Ni siquiera sabe quién es mi padre!* La marina no permite a sus oficiales casarse con cualquiera.» Como por otra parte es sabido que Lina se había hecho con las llaves de una habitación, supongo yo que aquella noche, antes o después de la petición, consumaron. Para él Lina von Osten, descendiente de una familia de aristócratas un tanto venida a menos, es un partido muy conveniente. En consecuencia, se casan.

Esta historia equivale a cualquier otra. Me sobraba la escena del baile, y más aún la del paseo por el parque. Preferiría no haber tenido conocimiento de más detalles; así, no habría estado tentado de contarlos. Cuando caigo sobre elementos que me permiten reconstruir minuciosamente una escena entera de la vida de Heydrich, a menudo me cuesta renunciar a ellos, incluso cuando la escena en sí no me parece poseer el menor interés. Por otra parte, supongo que las memorias de Lina están repletas de historias de ese estilo.

Definitivamente voy a prescindir de tan carísimo libraco.

Pese a todo, hay una cosa que siempre me ha intrigado del encuentro de los dos tortolitos: el oficial moreno que acompañaba a Heydrich se llamaba von Manstein. Lo primero que me pregunté fue si sería el mismo Manstein que capitaneó la ofensiva de las Ardenas durante la campaña francesa, que luego aparecerá como general de ejército en el frente ruso, en Leningrado, Stalingrado, Kursk, y que dirigiría la operación Ciudadela en 1943, destinada a que la Wehrmacht encajara de la mejor manera posible la contraofensiva del Ejército Rojo. El mismo también que, para justificar el trabajo de los *Einsatzgruppen* de Heydrich en el frente ruso, declararía en 1941: «El soldado debe dar muestras de comprensión con respecto a la necesidad de las severas medidas de expiación a las que son sometidos los judíos, en tanto depositarios espirituales del terror bolchevique. Esta expiación es necesaria para cortar de raíz todas las sublevaciones que, en su mayor parte, han sido planeadas por los judíos.» El mismo, en fin, que morirá en 1973, lo que significa que, durante un año, ha vivido en el mismo planeta que yo. La verdad es que me parece poco probable, ya que el oficial moreno es presentado como un hombre joven, mientras que Manstein, en 1930, tiene ya cuarenta y tres años. Quizá sea alguien de su familia, un sobrino o un primo pequeño.

La joven Lina, de dieciocho años, era ya entonces, por lo que se puede saber, una nazi convencida. Pretende incluso ser ella la que convirtió a Heydrich. Algunos indicios, sin embargo, hacen creer que desde 1930 Heydrich estaba políticamente mucho más a la derecha que la media de los militares, y se sentía enormemente atraído por el nacionalsocialismo. Pero es evidente que la versión de «una-mujer-en-la-sombra» siempre tiene un toque más seductor...

Sin duda es azaroso pretender determinar los momentos de una vida en los que la existencia da un vuelco. Ni siquiera sé si tales momentos existen. Eric-Emmanuel Schmidt ha escrito ese libro, *La parte del otro*, donde

imagina que Hitler consigue aprobar su examen de ingreso en Bellas Artes. De golpe, su destino y el del mundo habrían cambiado por entero: colecciona aventuras, se transforma en una bestia sexual, se casa con una judía a la que hace dos o tres hijos, se une al grupo de los surrealistas en París y se convierte en un pintor célebre. Paralelamente, Alemania se contenta con una breve guerra con Polonia y ya está. Nada de guerra mundial ni de genocidio, con un Hitler radicalmente distinto al verdadero.

Dejando aparte toda ficción más o menos ingeniosa, dudo mucho que el destino de una nación, y más aún el del mundo entero, dependan nunca de un solo hombre. Pero también hay que constatar que es muy difícil encontrar equivalente a una personalidad tan completamente maléfica como Hitler. Y es probable que aquel examen de ingreso en Bellas Artes fuera una circunstancia decisiva en su destino individual, ya que después de ese fracaso Hitler se vuelve un mendigo que deambula por Múnich, durante un periodo en el que desarrollará fatalmente un acentuado resentimiento contra la sociedad.

Si hubiera que determinar un momento así de clave en la vida de Heydrich, habría que situarlo sin ninguna duda en cierto día de 1931 en que se lleva a su casa a quien él creía que era una chica cualquiera. Sin esa chica, todo habría sido muy diferente, no sólo para Heydrich, sino también para Gabčík, Kubiš y Valčík, así como para miles de checos y, quizás, cientos de miles de judíos. No quiero llegar a pensar que sin Heydrich los judíos se habrían salvado. Pero la increíble eficacia de la que dará muestras a lo largo de su carrera nazi lleva a creer que Hitler y Himmler se las habrían apañado muy mal sin él.

En 1931, Heydrich no es más que un alférez de navío de 1.<sup>a</sup> clase, oficial de marina, al que todo parece prometer una brillante carrera militar. Es novio de una joven aristócrata y se le presenta un futuro inmejorable. Pero es también un follador inveterado, que multiplica las conquistas femeninas y las visitas al burdel. Una noche se lleva a su casa a una chica con la que se ha encontrado en un baile de Potsdam y que había ido a Kiel expresamente para verlo a él. No sé con exactitud si la chica se quedó embarazada, pero lo cierto es que los padres le exigieron a él una reparación. Heydrich no se dignó a proseguir con ese asunto, visto que se

acercaba la fecha de casarse con Lina von Osten, cuyo pedigree le convenía más, al parecer, sin menoscabo del hecho de que estaba enamorado de ella sinceramente y no de la otra. Por desgracia para él, el padre de dicha joven era un amigo del mismísimo almirante Raeder, nada menos que el jefe superior de la marina. Se monta un gran escándalo. Heydrich se enfanga en unas explicaciones que le permitirán disculparse ante su novia, pero no ante la institución militar. Ha de comparecer ante una corte marcial, acusado de indignidad, para acabar siendo expulsado del ejército.

En 1931, en medio de la más devastadora crisis económica que sacude a Alemania, el joven oficial al que todo parecía prometer una brillante carrera se encuentra sin empleo y ahora es uno más entre otros cinco millones de parados.

Afortunadamente para él, su novia no lo ha abandonado. Antisemita militante, lo impulsa a entrar en contacto con un nazi de bastante nivel en el escalafón de esa nueva organización de élite que cada vez tiene mayor renombre: la SS.

¿Ese 30 de abril de 1931, día en que Heydrich es expulsado ignominiosamente de la marina, sella acaso su destino y el de sus futuras víctimas? No se puede asegurar del todo, ya que a raíz de las elecciones de 1930 Heydrich había declarado: «Ahora el viejo Hindenburg no tendrá más remedio que nombrar canciller a Hitler. Y poco después llegará nuestra hora.» Dejando de lado el hecho de que se equivoca en tres años sobre el nombramiento de Hitler, es obvio cuáles eran las opiniones políticas de Heydrich a partir de 1930, y es de suponer que aunque hubiera seguido siendo oficial de marina, habría hecho también una magnífica carrera entre los nazis. Aunque tal vez no tan monstruosa.

Mientras tanto, vuelve a casa de sus padres y, según cuentan, llora como un niño durante varios días.

Poco más tarde, se afilia a la SS. Pero en 1931, ser subalterno en la SS no conlleva un sueldo. Está allí casi de voluntario, por así decir. Salvo que ascienda en el escalafón.

## 28

Habría algo de cómico en ese cara a cara, si no augurase la muerte de millones de personas. Por un lado, el rubio alto con uniforme negro, rostro equino, voz aguda, botas lustrosas. Por otro, un pequeño hámster con gafitas, castaño oscuro, bigotudo, con pintas muy poco arias. En esa ridícula voluntad de parecerse a su maestro Adolf Hitler mediante el bigote se manifiesta físicamente el lazo de Heinrich Himmler con el nazismo, el cual no debió de ser muy evidente al principio, habida cuenta de los diferentes disfraces vestimentarios de que hizo gala.

Contra toda lógica racial, es el hámster el que manda. Su posición está ya muy asentada en el seno del partido después de ganar las elecciones. Ésa es la razón por la que, ante tan curioso personajillo con cabeza de roedor pero de creciente influencia, el alto y rubio Heydrich trata de mantener un aire a la vez respetuoso y seguro de sí mismo. Es la primera vez que se encuentra con Himmler, el jefe supremo del cuerpo al que pertenece. En tanto que oficial de la SS, Heydrich, recomendado por un amigo de su madre, se postula para dirigir el servicio de información que Himmler desea montar en el seno de su organización. Himmler duda. Hay otro candidato, más de su preferencia. Ignora que ese candidato es un agente de la República encargado de infiltrarse en el aparato nazi. Está tan convencido de que ese hombre será el elegido, que no le importa postergar sine díe su entrevista con Heydrich. Pero en cuanto lo ha sabido, Lina ha metido a su marido en el primer tren hacia Múnich para que se plante nada más llegar en el domicilio del antiguo criador de pollos, futuro Reichsführer Himmler, ese a quien Hitler llamará desde muy pronto «mi fiel Heinrich».

Heydrich, forzando la cita, ha impuesto su presencia a un Himmler bastante poco predisposto. Sabe que, si no quiere continuar como

instructor para balandristas ricos en un club de yate de Kiel, ha de concentrar todo su interés en causar buena impresión.

Por otra parte, dispone de un as: la notable incompetencia de Himmler en el terreno de la *inteligencia*.

En alemán, *Nachrichtenoffizier* significa «oficial de transmisión», mientras que *Nachrichtendienstoffizier* significa «oficial de información». La razón por la que Heydrich, ex oficial de transmisión en la marina, está hoy sentado frente a Himmler es porque éste, ignorante notorio en materia militar, no era capaz de distinguir entre los dos términos. Porque de hecho, Heydrich apenas si tiene poquíssima experiencia en información. Y lo que le pide Himmler es, ni más ni menos, crear en el seno de la SS un servicio de espionaje que pueda competir con el Abwehr del almirante Canaris, su antiguo jefe en la marina, dicho sea de paso. Ya que está ahí, Himmler espera de él que le exponga las líneas maestras de su proyecto. «Tiene usted veinte minutos.»

Heydrich no quiere seguir siendo instructor náutico toda su vida, así que se concentra para reunir sus conocimientos en la materia. Éstos se limitan principalmente a lo que recuerda de las numerosas novelas inglesas de espías que devora desde hace años. ¡Que por eso no quede! Entonces Heydrich se da cuenta de que Himmler domina aún menos la cuestión, por lo que decide farolear. Esboza algunos esquemas procurando abundar en los términos militares. Y la cosa funciona. Himmler se impresiona muy favorablemente. Olvidándose de su segundo candidato, el agente doble de Weimar, contrata al joven por un sueldo de 1.800 marcos al mes, seis veces más que su salario medio desde que lo expulsaron de la marina. Heydrich tendrá que instalarse en Múnich. Los cimientos del siniestro SD están puestos.

Al principio, sin embargo, no era más que una pequeña oficina con medios reducidos: Heydrich monta sus primeros ficheros en cajas de zapatos y dispone de media docena de agentes. Pero ya ha asimilado el espíritu de la información: saberlo todo de todo el mundo. Sin excepción. A medida que el SD va expandiendo su manto, Heydrich descubrirá que tiene un don fuera de lo común para la burocracia, que es la primera cualidad requerida para la gestión de una buena red de espionaje. Su divisa podría ser ésta: ¡fichas, fichas y más fichas! De todos los colores. En todos los terrenos. Heydrich le coge gusto muy rápidamente. La información, la manipulación, la extorsión y el espionaje se convierten en sus drogas.

A esto hay que añadir una megalomanía algo pueril. Habiendo llegado a sus oídos que el jefe del Secret Intelligence Service inglés se hace llamar M (sí, como en *James Bond*), decide hacerse llamar sobriamente H. Es, en cierto sentido, su primer alias verdadero, antes de la era de los sobrenombres que pronto le impondrán: «el verdugo», «el carnicero», «la bestia rubia», y el que le dio Adolf Hitler en persona: «el hombre con corazón de hierro».

No creo que H acabara imponiéndose como un apelativo muy extendido entre sus hombres (que preferirán «la bestia rubia», más coloquial). Sin duda, con tantas H eminentes por encima de él se corría el riesgo de generar lamentables confusiones: Heydrich, Himmler, Hitler..., por prudencia él mismo fue abandonando esa infantilada. No obstante, *H de Holocausto...* habría podido servir de mal título para su biografía.

## 30

Natacha hojea distraídamente el número del *Magazine littéraire* que amablemente me ha comprado. Se detiene en la crítica de un libro dedicado a la vida de Bach, el músico. El artículo empieza con una cita del autor: «¿Hay algún biógrafo que no sueñe con afirmar que Jesús de Nazaret tenía el tic de alzar la ceja izquierda cuando reflexionaba?» Sonríe mientras me lee la frase.

En ese momento no soy consciente del alcance de esa expresión y, fiel a mi vieja repugnancia por las novelas realistas, me digo: ¡puaj! Pero luego le pido que me deje la revista y releo la frase. No tengo más remedio que aceptar que me gustaría mucho, en efecto, disponer de ese género de detalles relativos a Heydrich. Entonces Natacha bromea sin piedad: «¡Sí, te pega mucho escribir que Heydrich tenía el tic de alzar la ceja izquierda cuando reflexionaba!»

## 31

En el imaginario de los turiferarios del Tercer Reich, Heydrich siempre ha pasado por ser el ario ideal, porque era alto y rubio y poseía los rasgos bastante finos. Los biógrafos complacientes lo describen en general como un hombre guapo, un seductor lleno de encanto. Si fueran honestos, o no estuvieran tan cegados por la turbia fascinación que ejerce sobre ellos todo lo que evoca el nazismo, verían, al observar mejor las fotos, que Heydrich, lejos de ser exactamente un figurín de moda, posee con creces ciertos rastros físicos poco compatibles con las exigencias de la clasificación aria: unos labios gruesos, que, aunque no exentos de cierta sensualidad, son casi de tipo negroide, así como una larga nariz aguileña que fácilmente podría pasar por ganchuda si perteneciera a un judío. Además están las orejas, grandes, un poco despegadas, y un rostro alargado del que todos concuerdan en reconocer el carácter equino; con todo ello se obtiene un resultado que no es forzosamente feo, pero se aleja mucho de los estándares de Gobineau.

## 32

Los Heydrich, recién instalados en un bonito apartamento muniqués muy del agrado de Lina (lo confieso, acabé por comprar su libro; le encargué que me lo pusiera en fichas a una estudiante rusa que creció en

Alemania; habría podido encontrar a una alemana para ello, pero fue mejor así), han tirado la casa por la ventana. Esa noche reciben a Himmler para cenar, con otro invitado notable: Ernst Röhm en persona, el jefe de las SA. Físicamente parece un puerco, con su enorme barriga, su gruesa cabeza, sus ojillos hundidos, su espeso cuello rodeado por un collarín de grasa y su nariz respingona mutilada como un hocico, recuerdo del 14-18. Orgulloso de sus modales de soldado, también tiene la costumbre de comportarse como un cerdo. Pero está al frente de un ejército irregular de más de 400.000 camisas pardas, y hasta se dice que trata de tú a Hitler. A ojos de los Heydrich, es alguien perfectamente recomendable. De hecho, la velada transcurre con la mayor cordialidad. Se ríen mucho. Después de una buena cena cocinada cuidadosamente por la dueña de la casa, los hombres desean fumar acompañados de un buen licor. Lina les trae cerillas y baja al sótano a buscarles coñac. De repente, oye una detonación. Sube las escaleras rápidamente y comprende lo sucedido: en su afán por atender a sus insignes invitados, había confundido las cerillas corrientes con las de año nuevo. Todos se están desternillando. Sólo les faltan las típicas risas grabadas.

### 33

Antiguo camarada de Hitler, miembro del NSDAP desde su creación, Gregor Strasser dirige el *Arbeiter Zeitung*, el periódico berlínés que él mismo fundó al salir de la cárcel, en 1925. Su prestigio y su posición explican sin duda que sea a él a quien se le encarguen ciertos asuntos. Como por ejemplo uno muy concreto que excede el marco del simple reglamento de la sección local del Partido. En 1932, la acusación de un oficial superior de la SS no está exenta de riesgos, incluso para un alto funcionario nazi, y la reputación creciente de la orden negra incita a la prudencia. Ésa es la razón por la que el Gauleiter de HalleMerseburg, alertado por sus administrados, prefiere transferir un delicado dossier, según el cual en la vieja edición de una enciclopedia musical se encuentra la siguiente mención: «Heydrich, Bruno, cuyo verdadero apellido es Süss.»

¿Entonces el nuevo protegido de Himmler sería hijo de un judío? Gregor Strasser, sin duda deseoso de probar que sigue siendo necesario contar con él, ordena una investigación. ¿Acaso quiere ofrecer la piel de un joven lobo ambicioso? ¿Se trata de hacer brillar otra vez su estrella, ahora que palidece en la cúpula del partido que ha ayudado a fundar? ¿O es verdadero temor a dejar que la gangrena judía se infiltre en el corazón mismo del aparato nazi? Todo informe que es enviado a Múnich, aterriza en el despacho de Himmler.

Éste está consternado. Ya ha presumido de los méritos de su joven neófito ante el Führer y teme por su propia credibilidad, si la acusación se confirma. Por eso también sigue con mucha atención la investigación llevada por el Partido. Las sospechas concernientes a la rama paterna deben ser disipadas con la mayor rapidez: el apellido Süss pertenece al segundo marido de la abuela de Heydrich, con el que por tanto no está emparentado, y de todos modos el hombre tampoco era judío, pese a su patronímico. Por el contrario, la investigación habría generado algunas dudas sobre la pureza de la rama materna. Ante la ausencia de pruebas, Heydrich acaba siendo oficialmente disculpado. Sin embargo, Himmler se pregunta igualmente si no sería mejor deshacerse de él, ya que en adelante Heydrich quedará para siempre a merced de los rumores. Pero por otra parte, las actividades del joven Heydrich en el seno de la SS lo han revelado como un elemento, si no indispensable, al menos muy prometedor. Indeciso, Himmler opta por remitirse a la sabiduría del Führer en persona.

Hitler convoca a Heydrich, con quien mantiene una larga entrevista cara a cara. Ignoro qué pudo decirle Heydrich, pero a la salida de ese encuentro ya tiene formada su opinión. Así se lo explica a Himmler: «Ese hombre está extraordinariamente dotado y es extraordinariamente peligroso. Seríamos unos estúpidos si prescindiéramos de sus servicios. El Partido necesita hombres como él, y sus talentos, en el futuro, nos serán especialmente útiles. Además, nos estará eternamente reconocido por haberlo salvaguardado y nos obedecerá ciegamente.» Himmler, pese a su inquietud por tener bajo sus órdenes a un hombre capaz de inspirar tal admiración en el Führer, asiente, ya que no está entre sus costumbres discutir las opiniones de su amo.

Fue así como Heydrich salvó su cabeza. Pero revivió la pesadilla de su infancia. ¿Qué extraña fatalidad ha permitido que se le acuse de ser judío a él, que encarna tan explícitamente la raza aria en toda su pureza? Su odio contra el pueblo maldito se acrecienta. Mientras tanto, retiene el nombre de Gregor Strasser.

## 34

No sé en qué época exactamente, pero me inclino a pensar que es en aquellos años cuando decide introducir una pequeña modificación en la ortografía de su nombre. Hace desaparecer la *t* final: Reinhardt se convierte en Reinhard. Suena más duro.

## 35

Antes he dicho una tontería, víctima a la vez de un error de memoria y de una imaginación un tanto intrusiva. Para ser exactos, el jefe de los servicios secretos ingleses de aquella época se hacía llamar «C» y no «M» como en *James Bond*. Heydrich también se hace llamar «C», y no «H». Lo que no es seguro es que, al hacerlo, quisiera copiar a los ingleses, ya que probablemente la inicial designase sin más la palabra *der Chef*.

En cambio, al comprobar mis fuentes, he dado con la siguiente confidencia, hecha a no sé quién, pero que demuestra que Heydrich tenía una idea muy sólida acerca de su función: «En un sistema de gobierno totalitario moderno, el principio de la seguridad del Estado no tiene límites, por tanto el responsable que asuma esa carga debe obligarse a poseer un poder prácticamente sin trabas.»

Se le podrán reprochar muchas cosas a Heydrich, pero no la de faltar a sus promesas.

El 20 de abril de 1934 es un día para grabar en una lápida blanca sobre la historia de la orden negra: Goering cede la Gestapo, creada por él, a los dos jefes de la SS. Himmler y Heydrich toman posesión de las soberbias sedes de la Prinz Albrecht Strasse, en Berlín. Heydrich elige su despacho. Se instala en él. Se sienta a la mesa. Se pone a trabajar de inmediato. Coloca un papel delante. Coge su pluma. Y empieza a hacer listas.

Evidentemente, Goering no abandona con agrado la dirección de su policía secreta, a partir de ahora una de las joyas del régimen nazi. Pero es el precio a pagar para garantizarse el apoyo de Himmler contra Röhm: el pequeño burgués de la SS lo inquieta menos que el agitador socialistoide de las SA. A Röhm le gusta proclamar que la revolución nacionalsocialista no ha acabado todavía. Pero Goering no ve las cosas desde ese ángulo: ya tienen el poder, su única tarea de ahora en adelante consiste en conservarlo. Con toda seguridad, por mucho que Röhm sea el padrino de su hijo, Heydrich suscribe ese punto de vista.

Todo Berlín bulle en una atmósfera de complot debido a un documento que circula por la ciudad. Se trata de una lista mecanografiada. Los observadores neutrales están estupefactos ante la falta de precaución con que esa hoja de papel pasa de mano en mano por los cafés, ante los ojos de los camareros, quienes, como todo el mundo sabe, son confidentes a sueldo de Heydrich.

Es ni más ni menos que el organigrama de un hipotético gabinete ministerial. En ese futuro gobierno, Hitler se mantiene como canciller, pero desaparecen los nombres de Papen y de Goering. Por el contrario, figuran en él los de Röhm y sus amigos Schleicher, Strasser y Brüning.

Heydrich enseña la lista a Hitler. Éste, a quien nada le gusta menos que poder confirmar sus tendencias paranoicas, revienta de rabia. Sin embargo,

la heterogeneidad de la coalición le deja perplejo: Schleicher, por ejemplo, no ha contado nunca entre los amigos de Röhm, y éste lo menosprecia soberanamente. Heydrich replica que el general Von Schleicher ha sido visto hablando animosamente con el embajador de Francia, prueba de que está conspirando.

La mezcla heteróclita de esa extraña coalición demuestra sobre todo que Heydrich tiene todavía que afinar sus conocimientos en materia de política interior, porque ha sido él quien ha redactado y hecho difundir esa lista. El principio que ha prevalecido a la hora de redactarla es muy simple: poner con toda naturalidad los nombres de los enemigos de sus dos superiores, Himmler y Goering, y de los suyos.

## 38

Por fuera, el imponente edificio de piedra gris no revela nada. A lo sumo, se adivina una anormal actividad en el vaivén de siluetas que entran y salen. Pero en el interior del enjambre de la SS reina una agitación frenética: hombres corriendo por todas partes, voces retumbando en el enorme vestíbulo blanco, portazos en todos los pisos, teléfonos sonando sin parar en los despachos. En el corazón del edificio y del drama, Heydrich ensaya el que será su mejor papel, el del burócrata asesino. A su alrededor, unas mesas con teléfonos y unos hombres de negro que los cuelgan y descuelgan. Él coge todas las llamadas:

—¡Oiga! ¿Ha muerto?... Dejad el cuerpo allí mismo. Oficialmente es un suicidio. Colocadle el arma en la mano... ¿Que le habéis disparado en la nuca?... Bueno, no tiene ninguna importancia. Suicidio.

—¡Oiga! ¿Ya está hecho?... Muy bien... ¿La mujer también?... Bueno, decid que se resistieron al arresto... Sí, la mujer también... Eso es, ella quiso interponerse, ¡eso funcionará!... ¿Las criadas?... ¿Cuántas?... Anotad sus nombres, ya nos ocuparemos de ellas después.

—¡Oiga! ¿Terminado?... Bien, arrojadme todo eso al Óder.

—¡Oiga!... ¿Qué?... ¿En su club de tenis? ¿Jugaba al tenis?... ¿Que ha saltado el seto y se ha adentrado en el bosque? ¿Me tomáis el pelo?... ¡Batid esa zona y encontradlo!

—¡Oiga!... ¿Cómo que es «otro»? ¿Que tiene el «mismo apellido»?... ¿Y el mismo nombre?... Bueno, llevaoslo y mandadlo a Dachau hasta que aparezca el verdadero.

—¡Oiga!... ¿Dónde ha sido visto por última vez?... ¿En el hotel Adlon? ¡Pero es estúpido, todo el mundo sabe que los camareros trabajan para nosotros! ¿Ha dicho que quería entregarse?... Perfecto, id a buscarlo a su casa y enviádnoslo para acá.

—¡Oiga! ¡Páseme al Reichsführer!... ¿Oiga? Sí, ya está hecho... Sí, también... Eso está en marcha... Está hecho... ¿Y dónde está usted con el número uno?... ¿El Führer se niega?... ¿Pero por qué?... ¡Es muy necesario que usted convenza al Führer!... ¡Insista en lo de sus costumbres! ¡Con todos los escándalos que hemos tenido que sofocar! ¡Recuérdelle el baúl olvidado en el burdel!... Entendido, llamo a Goering enseguida.

—¿Oiga? Heydrich al aparato. El Reichsführer me dice que el Führer quiere proteger al SA Führer... ¡Naturalmente que a ningún precio!... ¡Hay que decirle que el ejército eso no lo aceptará nunca! Hemos ejecutado a varios oficiales de la Reichswehr: si Röhm sigue con vida, Blomberg se negará a garantizar la operación... Sí, en efecto, es cuestión de justicia, de acuerdo... Entendido, espero su llamada.

Entra un SS. Va con mucho cuidado. Se acerca a Heydrich y se inclina para hablarle al oído. Los dos salen de la habitación. Al cabo de cinco minutos, Heydrich regresa solo. Su cara no revela nada. Vuelve a retomar el hilo de las comunicaciones.

—¡Oiga!... ¡Quemad el cadáver y enviadle las cenizas a su viuda!

—¡Oiga!... No, Goering no quiere que lo cojamos allí... Poned seis hombres delante de su casa... ¡Que no entre ni salga nadie!

—¡Oiga!... etcétera.

Al mismo tiempo, rellena metódicamente pequeñas fichas blancas.

La escena dura todo un fin de semana.

Finalmente, cae la noticia que tanto esperaba: el Führer ha cedido. Va a dar la orden de ejecutar a Röhm, el jefe de la *Sturmabteilung*, su más

antiguo cómplice. Röhm es también el padrino del primer hijo de Heydrich, pero sobre todo es el superior directo de Himmler. Al decapitar la dirección de las SA, Himmler y Heydrich despejan el camino de la SS, que se convierte en una organización autónoma que sólo ha de rendir cuentas ante Hitler. Heydrich es nombrado *Gruppenführer*, un grado equivalente al de general de división. Tiene treinta años.

## 39

El sábado 30 de junio de 1934, Gregor Strasser almuerza con su familia cuando llaman al timbre de la puerta de su domicilio. Ocho hombres armados se presentan para detenerlo. Sin darle tiempo de despedirse de su mujer, lo conducen a la sede de la Gestapo. No padece ningún interrogatorio pero se encuentra encarcelado en una celda en compañía de varios SA que se arremolinan a su alrededor: aunque es cierto que ya no ejerce ninguna responsabilidad política desde hace varios meses, su prestigio de viejo compañero del Führer les da seguridad. Él no comprende la razón de su presencia entre esos hombres, pero conoce lo suficientemente bien los arcanos del Partido como para temer su parte arbitraria e irracional.

A las 17 horas, un SS viene a buscarlo para conducirlo a una celda individual, en la que hay abierto un gran tragaluz. Strasser, aislado, ignora que la Noche de los Cuchillos Largos ha comenzado, pero adivina no obstante lo que va a ocurrir. No sabe si debe temer por su vida. Es verdad que él es una figura histórica del Partido, ligado a Hitler por el recuerdo de los combates pasados. Al fin y al cabo, han conocido juntos la cárcel tras el *putsch* de Múnich. Pero también sabe que Hitler no es un sentimental. Por mucho que no alcance a entender por qué él mismo podría constituir una amenaza comparable a Röhm o a Schleicher, debe tomar en cuenta la incalculable paranoíta del Führer. Strasser comprende enseguida que tiene que actuar con tiento si quiere salvar su piel.

Está en esas cavilaciones cuando nota una sombra que pasa por su espalda. Llevado por el instinto infalible de los viejos combatientes

bregados en la clandestinidad, advierte que está en peligro y se agacha en el preciso momento en que suena un tiro. Alguien ha metido un brazo por el tragaluces y le ha disparado a quemarropa desde arriba. Él se ha agachado, pero no lo bastante rápido. Se desploma.

Boca abajo sobre el suelo de la celda, Strasser oye girar el cerrojo de la puerta, luego ruidos de botas a su alrededor, el aliento de un hombre que se inclina sobre su nuca y unas voces:

—Todavía vive.

—¿Qué hacemos? ¿Lo rematamos?

Oye el chasquido que se produce al montar una pistola.

—Aguarda, voy a informar.

Un par de botas se aleja. Transcurre un momento. Las botas vuelven acompañadas. Taconazos cuando entra el recién llegado. Un chapoteo de charco. Silencio. Y de repente esa voz de falsete que reconocería entre mil y que acaba de helarle el espinazo:

—¿Todavía no está muerto? ¡Dejadlo que se desangre como un cerdo!

La voz de Heydrich es la última voz humana que oirá antes de morir. Lo de humana, en fin, es una manera de hablar...

## 40

Fabrice viene a visitarme y me pregunta por mi futuro libro. Es un viejo compañero de la uni a quien, como a mí, le apasiona la historia, y que cuenta, entre otras cualidades, con la de interesarse por lo que escribo. Una tarde de verano cenamos en mi terraza y me hace algunos comentarios sobre el comienzo con un entusiasmo alentador. Se detiene en la construcción del capítulo concerniente a la Noche de los Cuchillos Largos: ese encadenamiento de llamadas telefónicas, en su opinión, recrea perfectamente la dimensión burocrática y el proceso en cadena de lo que será la marca propia del nazismo: el asesinato. Me siento halagado, sin embargo tengo una sospecha y me parece oportuno precisarle: «Pero sabes que cada llamada corresponde a un caso real, ¿no? Podría aportarte casi

todos los nombres, si quisiera.» Él se sorprende, y me responde con ingenuidad que creía que yo lo había inventado todo. Vagamente inquieto, le pregunto: «¿Y lo de Strasser?» También se pensaba que me había inventado el hecho de que Heydrich en persona diese la orden de dejar agonizar al moribundo en su celda. Me siento un poco incómodo y exclamo: «¡No, todo eso es de verdad!» Entonces pienso: «¡Joder! No está logrado...» Habría tenido que ser más claro al nivel del pacto de lectura.

Esa misma noche, veo en la tele un documental sobre una vieja película de Hollywood dedicada al general Patton. La película se titula sobriamente *Patton*. Lo esencial del documental consiste en mostrar extractos del film y en entrevistar luego a unos testigos que explican: «en realidad eso no sucedió así...». No se plantó de cara a dos Messerschmitt que iban a ametrallar la base armado sólo con un Colt (aunque no hay duda alguna, según el testigo, de que lo habría hecho, si los Messerschmitt le hubieran dado tiempo). No pronunció aquel discurso delante de todo el ejército, fue en privado y, además, no dijo exactamente eso. No supo en el último momento que iba a ser enviado a Francia, ya se lo habían comunicado con varias semanas de antelación. No desobedeció las órdenes cuando tomó Palermo, sino que lo hizo con la aprobación del alto mando aliado y de su jefe directo. No hay certeza de que mandara a tomar por el culo a un general ruso, por mucho que aborreciera a los rusos. Etcétera. En resumidas cuentas, la película habla de un personaje ficticio cuya vida está muy inspirada en la carrera de Patton, pero claramente no es él. Y sin embargo, la película se titula *Patton*. Y eso no le choca a nadie, todo el mundo ve como algo normal hacer bricolaje con la realidad para así poder ensalzar un guion, o dar una coherencia a la trayectoria de un personaje cuyo recorrido real comportaba, sin duda alguna, demasiados tumbos azarosos y bastante poco significativos. Por culpa de gente así, que le hace trampas a la eternidad con la verdad histórica con tal de vender su propio caldo, un viejo amigo, curtido en todo género de ficciones y por tanto fatalmente habituado a esos procedimientos de normalizada falsificación, puede asombrarse inocentemente y preguntarme: «¿Entonces no es inventado?»

No, no es inventado. Por otra parte, ¿qué interés habría en «inventar» el nazismo?

Como habrán podido comprender, toda esta historia me fascina, y al mismo tiempo creo que me saca de quicio.

Una noche tuve un sueño. Yo era un soldado alemán, vestido con el uniforme verde grisáceo de la Wehrmacht, y hacía mi turno de guardia en un paisaje nevado, ninguno en concreto pero delimitado por unas alambradas que yo debía bordear. Ese decorado se inspiraba claramente en los de numerosos videojuegos cuyo tema es la Segunda Guerra Mundial y a los que a veces tengo la debilidad de entregarme: *Call of Duty, Medal of Honor, Rev Orchestra...*

De pronto, durante mi ronda, yo era sorprendido por Heydrich en persona, que venía a hacer una inspección. Me cuadraba y contenía el aliento mientras él daba una vuelta a mi alrededor con aire inquisitorial. Me aterraba la idea de que pudiera encontrar algo que reprocharme. Pero me desperté antes de saberlo.

A menudo Natacha, para burlarse de mí, pone cara de alarmarse por el elevadísimo número de obras sobre el nazismo que proliferan en mi casa y por el serio peligro de conversión ideológica que, según ella, estoy corriendo. Para seguirle la broma, nunca pierdo ocasión de mencionarle la enorme cantidad de páginas web tendenciosas —incluso totalmente neonazis— que me he visto obligado a visitar en Internet en el curso de mis investigaciones. Que quede claro que en ningún momento yo, hijo de madre judía y padre comunista, educado en los valores republicanos de la pequeña burguesía francesa más progresista, e impregnado por mis estudios literarios tanto del humanismo de Montaigne y de la filosofía de las Luces como de las grandes revueltas surrealistas y de los pensamientos existencialistas, ni he podido ni podré estar tentado de «simpatizar» con absolutamente nada que, de cerca o de lejos, pueda evocar al nazismo.

Pero no tengo más remedio que inclinarme, una vez más, ante el incommensurable y nefasto poder de la literatura. Ese sueño prueba formalmente que, en efecto, debido a su indiscutible dimensión novelesca, Heydrich *me impresiona*.

Anthony Eden, entonces ministro de Asuntos Exteriores británicos, escucha con estupefacción. El nuevo presidente checo, Edvard Beneš, demuestra una confianza apabullante en su capacidad para resolver la cuestión de los Sudetes. No sólo pretende poder contener las veleidades expansionistas de Alemania, sino, además, hacerlo solo, es decir, sin la ayuda de Francia ni de Gran Bretaña. Eden no sabe a qué atenerse ante una frase como ésta: «Sin duda, para ser checo en nuestros días hay que ser optimista...». Claro que estamos aún en 1935.

En 1936, el comandante Moravec, jefe de los servicios secretos checoslovacos, pasa un examen para acceder al rango de coronel. Entre otros temas del ejercicio, se le plantea esta hipótesis: «Las circunstancias hacen que Checoslovaquia sea atacada por Alemania. Hungría y Austria son igualmente hostiles. Francia no ha hecho movilizaciones y la Pequeña Entente sufre para encontrar su sitio. ¿Qué alternativas militares tendría Checoslovaquia en ese caso?»

Análisis del tema: al desmembrarse el Imperio austrohúngaro en 1918, Viena y Budapest ponen sus miras, como es natural, en sus antiguas provincias, a saber, Bohemia-Moravia, que dependía de Austria, y Eslovaquia, que estaba bajo control húngaro. Por otra parte, Hungría está dirigida por un fascista amigo de Alemania, el almirante Horthy. En cuanto a Austria, muy debilitada, resiste como puede a las presiones de quienes, a un lado y a otro de la frontera alemana, reclaman la unión del país con el gran hermano germánico. El acuerdo firmado con Hitler, que promete no intervenir en los asuntos internos austriacos, no vale más que un pedazo de papel. En caso de conflicto con Alemania, Checoslovaquia deberá hacer frente por igual a las dos cabezas del finiquitado Imperio. La Pequeña Entente, firmada en 1920-1921 por Checoslovaquia con Rumanía y

Yugoslavia para protegerse de sus antiguos dueños austrohúngaros, no supone propiamente hablando una alianza estratégica muy disuasoria. Y las reticencias de Francia a mantener sus compromisos con su aliado checo en caso de conflicto son ya manifiestas. La situación planteada como una hipótesis en el ejercicio es, por tanto, totalmente realista. Moravec responde con tres palabras: «Problema militarmente irresoluble.» Aprueba su examen con éxito y se hace coronel.

## 44

Si tuviera que contar todos los complots en los que Heydrich estaba involucrado, no acabaría nunca. A veces, cuando estoy documentándome, doy con una historia que opto por no relatar, ya sea porque me parece demasiado anecdótica, ya porque carezco de todos los detalles y no llego a reunir todas las piezas del puzzle, o ya porque está puesta en tela de juicio. También me ocurre que haya varias versiones de una misma historia, y que esas versiones sean absolutamente contradictorias. En algunos casos, me permito contrastar, si no, lo dejo de lado.

Había decidido no mencionar el papel de Heydrich en la caída de Tujachevsky. En primer lugar, porque ese papel me parece secundario, incluso ilusorio. Luego, porque la política soviética de los años treinta excede un poco el embudo narrativo por el que trato de introducir mis capítulos. Y finalmente, quizás, por miedo a meterme en un nuevo terreno histórico: las purgas estalinistas, la carrera del mariscal Tujachevsky, los orígenes de su contencioso con Stalin, y todo eso requería a la vez erudición y minuciosidad. Corría el riesgo de que ese asunto me apartara un poco.

Pero me había imaginado una escena, en cierto sentido placentera: veía en ella al joven general Tujachevsky contemplando la derrota del ejército bolchevique a las puertas de Varsovia. Estamos en 1920. Polonia y la URSS están en guerra. «¡La Revolución pasará por encima del cadáver de Polonia!», ha dicho Trotski. No hay que olvidar que, aliándose con Ucrania y soñando con una confederación que incluiría también a Lituania y a

Bielorrusia, Polonia amenaza la frágil unidad de la naciente Rusia soviética. Por otra parte, si los bolcheviques quieren llevar el triunfo de la revolución a Alemania, están forzosamente obligados a atravesar esa región.

En agosto de 1920, el contraataque soviético ha puesto el Ejército Rojo a las puertas de Varsovia y la suerte de los polacos parece estar echada. Pero la independencia de la joven nación va a prolongarse todavía diecinueve años. Lo que no sabrá hacer en 1939 frente a los alemanes, Polonia lo hace ahora frente a los rusos: rechazarlos. Es el «milagro del Vístula». Tujachevsky es vencido por un estratega sin par, Józef Piłsudski, el héroe de la independencia, treinta años mayor que él.

Las fuerzas sobre el terreno están equilibradas: 113.000 polacos se enfrentan a 114.000 rusos. Tujachevsky, sin embargo, como está convencido de la victoria, toma la iniciativa. Coloca el grueso de sus fuerzas en el norte, donde Piłsudski lo ha atraído haciéndole creer en una concentración de tropas ficticia. De hecho, Piłsudski ataca por el sur, a la contra. Es en ese preciso momento cuando el episodio entra por el agujero de «Antropoide». Tujachevsky pide refuerzos al Primer Ejército de caballería del no menos legendario general Budyenny, que lucha en el frente sudoeste para tomar Lvov. La caballería de Budyenny es temible, Piłsudski sabe que su intervención puede invertir la suerte de las armas. Pero sucede entonces algo increíble: el general Budyenny se niega a obedecer las órdenes y retiene su ejército en Lvov. Para los polacos sin duda ése es el auténtico milagro del Vístula. Para Tujachevsky, por el contrario, la derrota es amarga y quiere comprender la razón. No tendrá que ir muy lejos a buscarla: el comisario político responsable del frente sudoeste, a cuya autoridad Budyenny estaba sometido, había hecho de la toma de Lvov una cuestión de prestigio. No iba a privarse de sus mejores tropas, y menos aún para evitar un desastre militar en un sector que no dependía de su responsabilidad. Poco importa que sea allí donde se juegue la suerte de la guerra. Las ambiciones personales de ese comisario se han impuesto sobre cualquier otra consideración. Se llamaba Iósif Dzhugashvili, y su apodo era Stalin.

Quince años más tarde, Tujachevsky ha sucedido a Trotski al frente del Ejército Rojo, mientras que Stalin ha sucedido a Lenin al frente del país.

Ambos se detestan, están en la cima de su poder y sus análisis estratégico-políticos divergen: Stalin busca retrasar un conflicto con la Alemania nazi, Tujachevsky preconiza pasar a la ofensiva sin demora.

Yo aún desconocía todo esto cuando vi *Triple agente*, de Eric Rohmer. Pero decidí estudiar seriamente el asunto cuando oí que el personaje principal, el general Skoblin, un eminente ruso blanco refugiado en París, le dice a su mujer: «¿No te acuerdas? Te dije que en Berlín fui a ver al gran jefe del espionaje alemán, un tal Heydrich. ¿Y sabes lo que me callé? Ciertas cosas sobre mi camarada Tujachevsky, con quien me volví a encontrar en secreto en París cuando viajó a Occidente para las exequias del rey de Inglaterra. Es obvio que él no me iba a abrir su corazón, pero, de sus reservados comentarios pude hacer algunas deducciones. Ese encuentro debió de llegar a los oídos de la Gestapo, porque Heydrich, con indiferencia, me preguntó por él, pero le respondí con evasivas; me lanzó una mirada glacial y la cosa quedó ahí.»

Heydrich en una de Rohmer. Todavía no doy crédito.

En la réplica del diálogo, la mujer de Skoblin pregunta:

«Y ese tal Heydrich, ¿por qué quería esa información?»

Skoblin se limita a responder:

«Bueno, es lógico pensar que a los alemanes les interese especialmente comprometer al jefe del Ejército Rojo, ahora que ya saben probablemente que no cuenta con el favor de Stalin... supongo.»

Inmediatamente Skoblin se defiende de toda connivencia con los nazis, y, por lo que parece, ésta también es la tesis de Rohmer, aunque el director de cine pone mucho cuidado en cultivar la ambigüedad de su personaje (¿blanco, rojo, pardo?). Pero me cuesta mucho creer que ese Skoblin se tomara la molestia de ir a encontrarse con Heydrich en Berlín para no decirle nada.

Pienso más bien que Skoblin fue a ver a Heydrich para informarle de que Tujachevsky había urdido un complot contra Stalin, pero en realidad Skoblin actuaba por cuenta del NKVD, es decir, para el propio Stalin. ¿Con qué objeto? Propagar el rumor del complot con el fin de dar credibilidad a una acusación de alta traición (acusación que al parecer careció de fundamento).

¿Creyó Heydrich a Skoblin? En todo caso, vio la ocasión de eliminar a un adversario peligroso para el Reich: apartar a Tujachevsky en 1937 equivale a decapitar al Ejército Rojo. Decide, por tanto, alimentar el rumor. Sabe que un asunto como ése depende del Abwehr de Canaris, ya que se trata de una cuestión militar. Pero embriagado por la envergadura de su proyecto, llega a convencer a Himmler, e incluso al mismísimo Hitler, para que le confíe el mando de una minuciosa operación de intoxicación. Para llevarla a cabo, hace llamar a su mejor hombre al respecto, Alfred Naujocks, un especialista en trabajos sucios. Durante tres meses va a fraguar toda una serie de falsedades con las que comprometer al mariscal ruso. No necesita encontrar su firma: le basta con acudir a los archivos de la República de Weimar; en aquella época, numerosos documentos oficiales habían sido visados por Tujachevsky, cuando ambos países mantenían unas relaciones diplomáticas más amigables.

Una vez listo el dossier, Heydrich le encarga a uno de sus hombres que se lo venda a un agente del NKVD. La ocasión da lugar a un magnífico juego entre espías: el ruso le compra el falso dossier al alemán pagándolo con rublos falsos. Cada uno cree burlarse del otro, todo el mundo engaña a todo el mundo.

En definitiva, Stalin obtiene lo que quiere: pruebas de que su más serio rival prepara un golpe de Estado. Los historiadores desconocen la verdadera importancia que hay que atribuir a las maniobras de Heydrich en este asunto, ya que conviene hacer notar que el dossier fue transmitido en mayo de 1937 y que Tujachevsky fue ejecutado en junio. Para mí, la proximidad de las fechas indica una inequívoca relación de causa a efecto.

Finalmente, ¿quién ha engañado a quién? Pienso que Heydrich ha servido a los intereses de Stalin, al permitirle desembarazarse del único hombre susceptible entonces de hacerle sombra. Pero este hombre también era el más apto para dirigir una guerra contra Alemania. La desorganización total del Ejército Rojo, cogido desprevenido por la invasión alemana en junio del 41, será la última secuela de esta sombría historia. A fin de cuentas, no es que Heydrich haya realizado precisamente un golpe maestro, sino más bien que Stalin se pegó un tiro en el pie. Sin embargo, mientras

éste emprende una serie de purgas sin precedentes, Heydrich está exultante. No duda en absoluto en atribuirse todo el mérito de la operación.

Me atrevería a decir que es legítimo.

## 45

Tengo treinta y tres años, bastante más edad que Tujachevsky en 1920. Es 27 de mayo de 2006, día del aniversario del atentado contra Heydrich. La hermana de Natacha se casa hoy. No estoy invitado a la boda. Natacha me ha tratado de «pura mierda», creo que no me aguanta más. Mi vida parece un campo de ruinas. Me pregunto si Tujachevsky se sintió tan mal como yo cuando comprendió que había perdido la batalla, cuando vio a su ejército derrotado y fue consciente de su lamentable fracaso. Me pregunto si creyó que estaba quemado, acabado, pulverizado, si maldijo su suerte, la adversidad, a quienes le habían traicionado, o se maldijo a sí mismo. En todo caso, sé que renació. Es alentador, aunque fuera para ser aplastado quince años más tarde por su peor enemigo. La rueda gira, es lo que siempre me digo. Natacha no llama. Estoy en 1920, delante de las murallas estremecidas de Varsovia, y a mis pies corre, indiferente, el Vístula.

## 46

Esa noche soñé que redactaba el capítulo del atentado y que empezaba así: «Un Mercedes negro iba a gran velocidad por la carretera como una serpiente.» Entonces comprendí que no podía demorar por más tiempo la escritura de todo lo que debía desembocar en ese episodio decisivo. Si seguía remontando hasta el infinito la cadena de casualidades, no hacía más que retrasar el momento de afrontar el sol de cara, la parte efectista de la novela, la escena clave.

Hay que imaginar un planisferio, y unos círculos concéntricos que se estrechan en torno a Alemania. Una tarde del 5 de noviembre de 1937, Hitler expone sus proyectos a los altos mandos de los distintos ejércitos, Blomberg, Fritsch, Raeder, Goering, y a su ministro de Asuntos Exteriores, Neurath. El objetivo de la política alemana, tal como les recuerda (y creo que todos lo habían comprendido), consiste en garantizar la seguridad de la comunidad racial, garantizar su existencia y favorecer su desarrollo. Por consiguiente, es una cuestión de «espacio vital» (el famoso *Lebensraum*), y eso nos permite empezar a trazar círculos sobre el planisferio. No del más corto al más largo, para abarcar de una ojeada las intenciones expansionistas del Reich, sino, por el contrario, del más largo al más corto, con el fin de acompañar el movimiento de foco que va a cerrarse despiadadamente sobre las primeras víctimas del ogro.

Por razones que considera inútil precisar, Hitler decreta que los alemanes tienen derecho a un espacio vital más grande que el de otros pueblos. El futuro de Alemania depende enteramente de la solución que se le dé al problema de esta necesidad de espacio. ¿Dónde encontrar ese espacio? No puede ser en alguna colonia lejana de África o de Asia, sino en el corazón de Europa —traza un círculo alrededor del Viejo Continente—, entre los vecinos inmediatos del Reich —cuyo círculo engloba a Francia, Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Italia y Suiza, más Lituania, sin olvidar que el extremo de Alemania por esa época se extiende de Dánsig a Memel y limita con los países bálticos. La cuestión que plantea Hitler es, por tanto, la siguiente: ¿dónde puede obtener Alemania el mayor beneficio al menor precio? Su presunto poder militar y su alianza con Gran Bretaña excluyen a Francia del círculo, y con ella a Bélgica y a Holanda, dado el interés estratégico que ambas representan a los ojos del estado mayor francés. Naturalmente, la Italia mussoliniana está excluida de entrada. Una expansión hacia el este, hacia Polonia y los países bálticos, tropezaría prematuramente con las susceptibilidades soviéticas. Suiza, como ya se sabe, está preservada por su vocación de caja fuerte mucho más que por su neutralidad. El círculo se estrecha y se desplaza hacia una zona que

se reduce a dos países: «Nuestro primer objetivo será golpear simultáneamente a Austria y a Checoslovaquia, para eliminar el peligro de un ataque por los flancos en una eventual operación contra el Oeste.» Como puede verse, una vez logrado su «primer objetivo», Hitler ya pensaba en ampliar el círculo.

Descontando a Goering y a Raeder, verdaderos nazis los dos, los proyectos de Hitler dejaron boquiabiertos a los demás asistentes, incluso en el sentido literal, ya que Neurath tuvo varias crisis cardiacas durante los días siguientes a la exposición de ese brillante programa. Blomberg y Fritsch, respectivamente ministro de la Guerra y comandante en jefe de las fuerzas armadas el primero y comandante en jefe del ejército de tierra el segundo, protestaron por la parte que les tocaba con una vehemencia completamente inapropiada para los usos y costumbres del Tercer Reich. El viejo ejército creía todavía, en 1937, que podía ser una fuerza influyente en el dictador a quien, imprudentemente, había ayudado a adueñarse del poder.

El ejército no había comprendido nada en absoluto a Hitler, pero Blomberg y Fritsch iban a pagar para aprender a conocerlo.

Poco tiempo después de esa crispada conferencia, Blomberg, que se había vuelto a casar con su secretaria, tuvo el disgusto de ver cómo se hacía público (y tal vez él mismo se enterase en ese momento) que su mujer, mucho más joven que él, había sido anteriormente prostituta. Y para que el escándalo fuera máximo, hicieron circular por todos los ministerios unas fotos de ella desnuda. Con valentía, Blomberg se negó al divorcio, pero tuvo que dimitir inmediatamente. Apartado de toda responsabilidad militar, fue fiel a su segunda mujer hasta el final, es decir, hasta 1946 en Núremberg, donde murió mientras aguardaba su proceso.

Fritsch, por su parte, fue víctima de una maquinación todavía más escabrosa, astutamente montada, como debía ser, por Heydrich.

Heydrich, como Sherlock Holmes, toca el violín (pero aún mejor). Y, como Sherlock Holmes, se ocupa de casos criminales. Pero, a diferencia del detective, él no busca la verdad; él la fabrica, que es otra cosa.

Su misión es comprometer al general von Fritsch, comandante en jefe de los distintos ejércitos. Heydrich no necesita ser el jefe del SD para conocer de sobra los sentimientos antinazis de Fritsch, ya que éste nunca los ha ocultado. En Sarrebruck, en 1935, durante un desfile, se le pudo oír en medio de la tribuna despacharse a gusto en sarcasmos contra la SS, contra el Partido y contra varios de sus miembros eminentes. Sería muy fácil, por tanto, inventar un complot urdido por él.

Pero Heydrich prefiere algo más humillante para el viejo barón. Conoce la altivez y la susceptibilidad con que la aristocracia prusiana se jacta de su rectitud moral. Por esa razón decide comprometer a Fritsch, como hizo con Blomberg, en un asunto de moralidad pública.

Al contrario que Blomberg, Fritsch es aparentemente un solterón empedernido. Heydrich opta por partir desde ahí. Para ese tipo de perfiles, el ángulo de ataque es evidente. Con el fin de elaborar al detalle el dossier, se dirige al servicio correspondiente de la Gestapo, el «departamento para la supresión de la homosexualidad».

Y he aquí lo que encuentra: un individuo turbio, conocido de la policía por sus actividades chantajistas con homosexuales, ha declarado haber visto a Fritsch en un callejón sombrío cerca de la estación de Potsdam cuando estaba fornicando con un tal «Jo, el Bávaro». Increíblemente, la historia parece ser cierta, salvo por un detalle. Que el Fritsch en cuestión no sea más que un homónimo mal ortografiado carece de importancia a los ojos de Heydrich, ya que se trata de un oficial de caballería retirado, por tanto un militar, lo que favorecerá la confusión, máxime porque el insignificante chantajista, bajo la presión de la Gestapo, está dispuesto a reconocer lo que sea.

Heydrich tiene imaginación, algo que en su oficio es toda una cualidad, pero este tipo de maquinación, para que funcione de verdad, requiere también de un perfeccionismo del que no ha abusado en este asunto. Sin embargo, con lo que ha hecho bastará.

En los mismísimos despachos de la Cancillería, delante de Goering y de Hitler en persona, confrontado con ese chantajista del tres al cuarto, cuya pinta era la de un completo degenerado, el altivo barón no se digna responder a las acusaciones que se vierten contra él. Ahora bien, escudarse en su dignidad no es una actitud muy provechosa en las altas esferas del Tercer Reich. Hitler le exige a Fritsch que dimita inmediatamente. Hasta aquí, todo se desarrolla como estaba previsto.

Pero Fritsch se niega. Exige pasar por una corte marcial. De repente, la posición de Heydrich se vuelve extremadamente frágil. Una corte marcial implica una investigación previa llevada a cabo, no ya por la Gestapo, sino por el propio ejército. Hitler, sin embargo, titubea. Al igual que Heydrich, tampoco desea un proceso en toda regla, pues todavía teme un poco las reacciones de la vieja casta militar.

Unos días más tarde, la situación dará un vuelco: no sólo los militares descubren la verdad, sino que llegan a arrancar de las garras de la Gestapo a los dos testigos principales del asunto, el chantajista y el oficial de caballería. El plan de Heydrich es aireado completamente, y en ese momento su cabeza pende de un hilo: si Hitler autoriza el proceso, el engaño saldrá a la luz, lo que acarrearía como mínimo la destitución de Heydrich y el final de sus ambiciones. Volverá a encontrarse prácticamente en el mismo punto en que estaba en 1931, cuando fue expulsado de la marina.

Heydrich vive muy mal esta perspectiva. El gélido asesino se convierte en una presa desquiciada. Schellenberg, su brazo derecho, recordará después que uno de esos días, en el despacho, durante la crisis, llegó a pedir que le dieran un arma. El jefe del SD estaba con el agua al cuello.

Pero se equivoca al dudar de Hitler. Al final, Fritsch es jubilado por razones de salud. Nada de dimisiones ni de juicios, la cosa es más simple, y así se resuelven todos los problemas. Heydrich, sin embargo, se guardaba un as en la manga: su interés coincidía con el de Hitler, que había *decidido* tomar él mismo el mando del ejército; Fritsch debía por tanto ser eliminado a toda costa, ésa era la voluntad inquebrantable de su jefe.

El 5 de febrero de 1938, el *Völkischer Beobachter* titula en grandes caracteres:

«Concentración de todos los poderes en las manos del Führer.»

Heydrich no tenía ya nada de qué preocuparse.

El proceso se celebrará finalmente, pero mientras tanto, la relación de fuerzas habrá cambiado de manera radical: tras el increíble delirio provocado por el Anschluss, el ejército se inclina ante el genio del Führer y renuncia a causarle problemas. Absuelto Fritsch, se manda liquidar al chantajista y no hay más que hablar.

49

Hitler jamás bromeó con la moralidad pública. Desde 1935, por las leyes de Núremberg, está formalmente prohibido que un judío tenga relaciones sexuales con una aria, y asimismo está prohibido que un ario tenga relaciones sexuales con una judía. La pena se castiga con la cárcel.

Pero, sorprendentemente, sólo el hombre puede ser perseguido. Por lo visto Hitler quería que la mujer, ya sea judía o aria, no fuera hostigada jurídicamente.

Heydrich, más papista que el papa, no lo entiende así. Esa forma de discriminación entre hombres y mujeres hiere, al parecer, su sentido de la equidad (aunque sólo en el caso en que la mujer sea judía). Por eso, en 1937, da instrucciones secretas a la Kripo y a la Gestapo con el fin de que, cualquier condena dictada contra un alemán por causa de relación con una judía conlleve automáticamente el arresto de su pareja y su deportación discreta a un campo de concentración.

Aunque lo hacían con cierta moderación y excepcionalmente, los jefes nazis no temían oponerse a las órdenes de su Führer. Es interesante, si se piensa que la obediencia debida a las órdenes, en nombre del honor militar y del juramento prestado, fue el único argumento invocado después de la guerra para justificar todos sus crímenes.

50

El Anschluss estalla como una bomba. Austria finalmente «ha decidido incorporarse» a Alemania. Es la primera etapa del nacimiento del Tercer Reich. Es también un juego de manos que Hitler repetirá más veces: conquistar un país sin pegar un solo tiro.

La noticia es toda una deflagración en Europa. Por esas fechas, el coronel Moravec está en Londres y, como es natural, quiere volver a Praga con urgencia, pero no halla ningún avión disponible. Consigue como mucho volar a Francia y llegar hasta La Hague. Allí decide hacer el resto del viaje en tren. Con el tren no hay problemas, aunque existe un pequeño inconveniente. Para volver a Praga, cuando se viene de Francia, no hay más remedio que atravesar... Alemania.

Increíblemente, Moravec decide asumir el riesgo.

Henos, por tanto, en esta peculiar situación en la que, el 13 de marzo de 1938, durante varias horas, el jefe de los servicios secretos checoslovacos atraviesa la Alemania nazi en tren.

Trato de imaginar ese viaje. Obviamente, lo que él procurará a toda costa es pasar lo más desapercibido posible. Es cierto que habla alemán, pero no estoy muy seguro de que su acento esté por encima de toda sospecha. Por otra parte, Alemania no está aún en guerra y los alemanes, aunque muy encendidos por los discursos del Führer sobre la judería internacional y el enemigo interior, no son tan suspicaces todavía como podrían llegar a serlo. No obstante, Moravec, por precaución, a la hora de comprar su billete, escoge al taquillero cuya cara le parece más afable, o de un aire más de retrasado.

Una vez en el tren, supongo que buscaría un compartimento vacío y se metería en él:

1. cerca de la ventana, para darles la espalda a los eventuales compañeros de viaje, con el fin de hacerlos desistir de toda veleidad relativa a entablar una conversación al dar muestras de estar mirando el paisaje, sin dejar de vigilar el compartimento en el reflejo del cristal;

o

2. cerca de la puerta, para poder vigilar las idas y venidas por el pasillo del vagón.

Pongámoslo cerca de la puerta.

Lo que yo sé es que él tenía claro, consciente y tal vez bastante orgulloso de su importancia, que la Gestapo pagaría lo que fuera por saber a quién transportaban ese día los ferrocarriles alemanes.

Cada movimiento en el vagón debió de poner a prueba sus nervios.

Cada parada en las estaciones.

De vez en cuando, subía alguien al tren y se sentaba en el compartimento, que enseguida se llenaba de individuos obligatoriamente sospechosos. Muchos eran pobres, familias enteras probablemente, y eso lo tranquilizaba; pero también había hombres bien vestidos.

Un hombre, tal vez sin sombrero, pasa por el pasillo, y ese detalle intriga a Moravec. Recuerda que en su viaje de estudios a la URSS le habían dicho, como en secreto, que cualquier hombre con sombrero era forzosamente o un extranjero o un miembro del NKVD. Pero ahora, en esta ocasión, ¡vete a saber qué puede significar en la Alemania de hoy un hombre sin sombrero!

Supongo que hay cambios, correspondencias, horas de espera, lo que añade un estrés suplementario. Moravec oye los gritos de los vendedores de periódicos, histéricos y triunfantes, berreando los grandes titulares. Seguramente tendrá que subir y bajar varias veces del tren, aunque sólo sea para disimular el mayor tiempo posible su destino final.

Y luego llega la aduana. Presumo que Moravec tiene papeles falsos, pero ignoro de qué nacionalidad. Pero por otra parte, no parece muy probable, ya que él estaba en Londres en una misión amparada por las autoridades inglesas. Y antes de Londres había pasado unos días en los países bálticos, donde habría visitado, creo yo, a sus homólogos locales. No tenía, por tanto, necesidad de ninguna identidad falsa, y tampoco habría previsto alguna.

Quizá simplemente, como su pasaporte estaba en regla, el guardia de aduanas, después de haberlo examinado a conciencia durante esos segundos especiales en la vida en que el tiempo se detiene, lo dejó pasar sin más, con toda naturalidad.

El caso es que pasó.

Cuando bajó del tren, al pisar el suelo de su patria, fuera ya de peligro, se dejó invadir por un inmenso alivio.

Mucho más tarde declaró que ésa fue la última sensación agradable que iba a sentir en mucho tiempo.

## 51

Austria es el primer botín del Reich. De un día para otro, el país se convierte en una provincia alemana, y 150.000 judíos austriacos se encuentran de repente a merced de Hitler.

En 1938, aún nadie ha pensado todavía razonablemente en exterminarlos. La tendencia es más bien incitarlos a emigrar.

Para organizar la emigración de los judíos austriacos, un joven subteniente de la SS, acreditado por el SD, desembarca en Viena. Se hace cargo enseguida de la situación y se le ocurren muchas ideas. De la que está más orgulloso, si hemos de fiarnos de las declaraciones que hará durante su proceso, veintidós años más tarde, es de la idea de la cinta transportadora: para obtener la autorización de emigrar, los judíos han de llegar a formar un grueso expediente compuesto por un montón de elementos diversos. Cuando tengan el expediente completo, pueden llevarlo a la Oficina para la Emigración Judía, donde han de colocar sus documentos en una cinta transportadora. Concretamente, el objetivo de tal procedimiento es despojarlos de todos sus bienes en el menor tiempo posible, y que no se vayan antes de haber cedido legalmente todo lo que posean. Al otro extremo de la cadena, recogerán luego un pasaporte en el interior de una cesta.

Cincuenta mil judíos austriacos pudieron escapar así de la trampa hitleriana antes de que volviera a cerrarse sobre ellos. En aquella época, esa solución conviene, de alguna manera, a todo el mundo: a los judíos, porque pueden considerarse afortunados de salir a tan buen precio, y a los nazis, porque se apoderan de sumas considerables. Desde Berlín, Heydrich valora la operación como todo un éxito, y durante un tiempo todavía se afrontará la emigración de los judíos del Reich como una solución realista, la mejor respuesta a la «cuestión judía».

Y Heydrich retendrá el nombre del pequeño teniente que tan buen trabajo ha hecho con los judíos: Adolf Eichmann.

## 52

En Viena es donde Eichmann inventa el método que servirá de base a toda la política de deportación y exterminio, consistente en solicitar de las víctimas una cooperación activa. Efectivamente, éstas siempre serán invitadas a presentarse por sí mismas ante las autoridades alemanas. En la gran mayoría de los casos, tanto para emigrar en 1938 como para ser enviados a Treblinka o a Auschwitz en 1943, los judíos acudirán a las convocatorias de sus enemigos. Sin un sistema así, ante unos problemas censales irresolubles, ninguna política de exterminio de masas habría sido realmente posible. Dicho de otro modo, habría habido innumerables crímenes, sin duda, pero todo hace creer que no estaríamos hablando de genocidio.

Heydrich, con la intuición que le caracteriza, inmediatamente reconoció en Eichmann un burócrata de talento, al que sabrá convertir en un ayudante valioso. Ninguno de los dos puede figurarse en ese momento que 1938 es la preparación de 1943, porque, si bien todas las miradas empiezan ya a dirigirse hacia Praga, ambos ignoran todavía qué papel les toca representar allí.

## 53

Pese a todo, hay ciertos indicios. Desde hace unos años, Heydrich viene encargando numerosos estudios sobre la cuestión judía a sus jefes de departamento. Recibe respuestas como ésta:

«Es conveniente privar a los judíos de sus medios de vida, y no sólo en lo relativo a la esfera económica. Alemania debe ser un país sin futuro para ellos. Sólo se debe permitir que aquí muera en paz la generación más vieja,

pero no los jóvenes, por lo que hay que seguir manteniendo la incitación a emigrar. En cuanto a los medios, hay que descartar el antisemitismo camorrista. No se combate a las ratas con un revólver, sino con veneno y gas.»

Metáfora, fantasma, inconsciente que aflora, en cualquier caso se nota que ese jefe de servicio tiene ya una idea muy clara en la cabeza. El informe data de mayo de 1934: un visionario.

## 54

En el corazón de la vieja Bohemia ancestral, al este de Praga, por la carretera de Olomouc, hay una pequeña ciudad. Inscrita en el patrimonio mundial de la Unesco, Kutná Hora posee unas pintorescas callejuelas, una hermosa catedral gótica, y sobre todo un magnífico osario, auténtica curiosidad local donde se entremezclan los cráneos humanos para formar unas bóvedas y unas ojivas de una blancura sepulcral.

En 1237, Kutná Hora no podía figurarse que llevara en sus entrañas el germe infeccioso de la Historia, que se dispone a iniciar uno de sus capítulos más irónicos, largos y crueles, cuyo secreto posee. Dicho secreto va a durar setecientos años.

Venceslas I, hijo de Premysl Otakar I, emparentado con la gloriosa y fecunda dinastía de los Premyslidás, reina en las regiones de Bohemia y de Moravia. El soberano se ha casado con una princesa alemana, Kunhuta, hija de Felipe de Suabia, rey de Roma y gibelino, es decir, afiliado a la temible casa de los Hohenstaufen. En la disputa entre los güelfos, aliados del Papa, y los gibelinos, partidarios del Emperador, Venceslas ha elegido, por tanto, el campo del Sacro Imperio Romano Germánico, y si éste sufrirá durante ese periodo los reveses infligidos por la Curia pontificia, el poder de aquél se verá reforzado por esta alianza. Mientras tanto, el león de cola bífida orna desde entonces los escudos del reino, reemplazando a la vieja águila flameada. Por todo el país se alzan torreones. Sopla el espíritu de la caballería.

Praga pronto tendrá su sinagoga Vieja Nueva.

Kutná Hora es todavía tan sólo un pequeño burgo, no una de las más grandes ciudades de Europa.

Podría ser como una escena de wéstern medieval. Al caer la noche, una taberna falstaffiana acoge a los habitantes de Kutná Hora y a los pocos viajeros. Los parroquianos beben y bromean con las camareras a las que pellizcan las nalgas, los viajeros comen en silencio, fatigados, los ladrones observan y preparan sus malas artes delante de unos vasos que apenas tocan. Fuera llueve, y de la cuadra vecina se oyen algunos relinchos. En el umbral aparece un viejo de barba blanca. Su andrajosa vestimenta está empapada, sus calzas van moteadas de barro, su gorro de tela chorrea. Todo el mundo lo conoce en Kutná Hora, es una especie de viejo loco de las montañas y nadie le presta realmente atención. Pide de beber, y de comer, y de beber otra vez. Exige que se le mate un cerdo. Prorrumpen las risas en las mesas contiguas. Receloso, el posadero le pregunta si tiene con qué pagar. Entonces un destello de triunfo brilla en los ojos del viejo. Pone sobre la mesa una pequeña bolsa de pésimo cuero, cuyos cordones desata lentamente. Saca de ella un guijarro grisáceo que somete con un gesto falsamente desdeñoso al examen del posadero. Éste frunce el ceño, coge el guijarro y lo pone a la altura de su mirada, hacia la luz de unas antorchas colgadas de la pared. El estupor se le refleja en el rostro y, súbitamente impresionado, retrocede unos pasos. Ha reconocido el metal. Es una pepita de plata.

Premysl Otakar II, hijo de Venceslas I, lleva, al igual que su abuelo, el sobrenombre de su antepasado, Premysl el Labriego, quien, en tiempos inmemoriales, fue aceptado como esposo por la reina Libuše, legendaria fundadora de Praga. Más que ningún otro con ese apodo, excepción hecha de su abuelo sin duda, Premysl Otakar II se siente depositario de la grandeza del reino. Y a este respecto, nadie puede acusarlo de no haberlo

merecido: gracias a sus recursos argentíferos, Bohemia ha logrado por término medio, desde el principio de su reinado, una renta anual de 100.000 marcos de plata, lo que la convierte en una de las regiones más ricas de la Europa del siglo XIII, cinco veces más rica que Baviera, por ejemplo.

Pero el que se hace llamar «rey del hierro y del oro», lo que, dicho sea de paso, no hace justicia al metal con que labró su fortuna, no quiere, al igual que los demás reyes, contentarse con lo que ya tiene. Sabe que la prosperidad del reino está estrechamente ligada a sus minas de plata, y desea incrementar la explotación. Todos esos yacimientos durmientes, aún inviolados, le quitan el sueño. Urge aumentar la mano de obra. Y los checos son campesinos, no mineros.

Otakar, pensativo, contempla Praga, su ciudad. Desde las almenas de su castillo ve los mercados que proliferan alrededor del inmenso puente Judith, uno de los primeros edificios en piedra erigidos para reemplazar los antiguos de madera, situado sobre el emplazamiento del futuro puente Carlos, que comunica la Ciudad Vieja con el barrio de Hradčany, aún no llamado Mala Strana. Pequeños puntos coloreados se afanan en torno a los puestos de mercancías con todo tipo de géneros, telas, carne, frutas y legumbres, alhajas, metales labrados... Todos esos comerciantes son alemanes, está seguro. Los checos son un pueblo de gente rústica, no de ciudadanos, y hay una punzada de lástima, incluso de desprecio, en esta reflexión del soberano. Otakar sabe también que son las ciudades las que crean el prestigio de los reinos, y que una nobleza digna de ese nombre no se queda en sus tierras, sino que acude a formar lo que los franceses llaman «la corte», junto a su rey. En aquella época, toda Europa se desvela por copiar ese modelo, y Otakar, como todo el mundo, no escapa a la influencia de la cortesía francesa, por más que para él Francia sólo es una realidad lejana y por tanto bastante abstracta. Cuando Otakar piensa en ese noble concepto de la caballería, se imagina a los caballeros teutónicos, a cuyo lado combatió en Prusia durante la cruzada de 1255. ¿No ha fundado él mismo Königsberg con la punta de su espada? Otakar está totalmente volcado hacia Alemania porque las cortes alemanas encarnan, a sus ojos, la nobleza y la modernidad. Para que de ello se beneficie su reino, ha decidido, en contra de la opinión de su consejero palatino y sobre todo en

contra de la opinión del preboste de Vyšehrad, su canceller, comprometerse a una amplia política de inmigración alemana en Bohemia, justificada por las necesidades de mano de obra para sus minas. De lo que se trata es de incitar a cientos de miles de colonos alemanes para que vengan a establecerse en su próspero país. Al favorecerlos, al otorgarles privilegios fiscales y de tierras, Otakar espera obtener a cambio unos aliados que debiliten las posiciones de la nobleza local, los Ryzmburk, los Vítek, los Falkenstein, siempre demasiado amenazadores y ambiciosos, que sólo le inspiran recelo y desdén. La Historia demostrará, con el ascenso al poder de los patricios alemanes en Praga, en Jihlava, en Kutná Hora, y después en toda Bohemia y Moravia, que la estrategia fue la apropiada, aunque Otakar no vivirá lo suficiente para sacarle provecho.

Sin embargo, a la larga, fue una muy pésima idea.

## 56

Al día siguiente del Anschluss, Alemania, con una prudencia como nunca se le había conocido, multiplica los comunicados de apaciguamiento dirigidos a Checoslovaquia: ésta, por su parte, no teme en absoluto una próxima agresión, y eso que la anexión de Austria y el consiguiente sentimiento de cerco podrían inquietar legítimamente a los checos.

Se ha dado una orden general, con el fin de evitar toda tensión inútil, para que las tropas alemanas que penetren en Austria no se acerquen por ningún lado a menos de 15 o 20 kilómetros de la frontera checa.

Pero en los Sudetes, la noticia del Anschluss provoca un entusiasmo extraordinario. De pronto, sólo se habla de ese fantasma final: la integración en el Reich. Las manifestaciones y provocaciones se multiplican. Se crea una atmósfera de conspiración generalizada. Proliferan las octavillas y los pasquines de propaganda. Los funcionarios y los empleados alemanes se proponen sabotear sistemáticamente las órdenes del gobierno checoslovaco orientadas a contener la agitación separatista. El boicot a las minorías checas en las zonas de lengua alemana adquiere una dimensión sin

precedentes. Beneš dirá en sus memorias que le sobrecogió aquella especie de romanticismo místico que, de repente, poseyó a todos los alemanes de Bohemia.

57

«El concilio de Constanza es el culpable de haber incitado a nuestros enemigos naturales, es decir, todos los alemanes que nos rodean, a una lucha injusta contra nosotros, aunque ellos no tengan ninguna razón para alzarse contra nosotros, salvo su inextinguible furor contra nuestra lengua.»

(Manifiesto husita, hacia 1420.)

58

Una vez tan sólo Francia e Inglaterra le dijeron que no a Hitler durante la crisis checoslovaca. ¡Y gracias! Inglaterra, además, con la boca pequeña...

El 19 de mayo de 1938, se observaron movimientos de tropas alemanas en la frontera checa. El 20, Checoslovaquia decreta una movilización parcial de sus propias tropas, enviando de ese modo un mensaje muy claro: si es agredida, se defenderá.

Francia, reaccionando con una firmeza que parecía no poder esperarse ya de ella, declara inmediatamente que mantendrá sus compromisos con Checoslovaquia, es decir, acudirá en su ayuda militarmente en caso de agresión alemana.

Desagradablemente sorprendida por la actitud francesa, Inglaterra, sin embargo, se alinea en la misma posición que su aliada. Pero con la pequeña restricción, incuestionada al menos de manera explícita, de que las fuerzas británicas se guardan su derecho de intervención en caso de conflicto armado. Ya se cuidará Chamberlain de que sus diplomáticos no traspasen el umbral de esta ambigua fórmula: «En la eventualidad de un conflicto

europeo, es imposible saber si Gran Bretaña se verá obligada a tomar parte en él.» La cosa no está clara.

Para Hitler no son más que rodeos, pero a la hora de la verdad se asusta y retrocede. El 23 de mayo, hace saber que Alemania no tiene intenciones agresivas contra Checoslovaquia, y manda retirar como si tal cosa las tropas concentradas en la frontera. La versión oficial es que se trataba de simples maniobras rutinarias.

Pero Hitler ha enloquecido de rabia. Tiene la impresión de haber sido humillado por Beneš y siente crecer en él la pulsión guerrera. El 28 de mayo, convoca a los oficiales superiores de la Wehrmacht para vociferarles esto: «¡Es mi más categórico deseo que Checoslovaquia sea borrada del mapa!»

## 59

Beneš, inquieto por la falta de entusiasmo manifestada por Gran Bretaña a la hora de mantener sus compromisos, llama a consultas a su embajador en Londres para que le informe. La conversación, grabada por los servicios secretos alemanes, no ofrece ninguna duda acerca de las pocas ilusiones que se hacen los checos sobre sus homólogos ingleses, empezando por el propio Chamberlain, a quien pone a parir:

—¡Ese maldito bastardo sólo desea lamerle el culo a Hitler!

—¡Hínchele la cabeza! ¡Haga que recobre el juicio!

—El viejo carcamal carece de juicio, salvo para husmear la cagada nazi y dar vueltas a su alrededor.

—Hable entonces con Harold Wilson. Dígale que prevenga al Primer ministro de que Inglaterra estará también en peligro si no tenemos todos la misma determinación. ¿Podrá usted hacerle comprender eso?

—¡Pero cómo quiere que hable con Wilson! ¡Es un chacal!

Los alemanes se apresuran a hacerles llegar a los ingleses las cintas grabadas. Por lo visto, Chamberlain se sintió atrocemente humillado y jamás perdonó a los checos.

Sin embargo, cuando ese mismo Wilson, asesor particular de Chamberlain, fue enviado poco tiempo después para proponer un intento de conciliación entre alemanes y checos con arbitraje británico, Hitler le hablará en estos términos:

«¡Me importa una mierda la representación británica! ¡El viejo perro cagón está loco si se piensa que así va a dominarme!»

Wilson se asombra:

«Si Herr Hitler se refiere al Primer ministro, puedo asegurarle que el Primer ministro no está loco, sino tan sólo interesado en la suerte que corra la paz.»

Entonces Hitler se despacha a gusto:

«Las advertencias de sus lameculos no me interesan. La única cosa que me interesa es mi pueblo de Chequia; ¡mi pueblo torturado, asesinado por ese inmundo pederasta de Beneš! No voy a soportarlo por más tiempo. ¡Es mucho más de lo que un buen alemán puede soportar! ¿Me está entendiendo, puerco estúpido?»

De esto se deduce que hay al menos un punto sobre el cual los checos y los alemanes parecen haber estado de acuerdo: a saber, que Chamberlain y su pandilla eran unos enormes lameculos.

Sin embargo, curiosamente, a Chamberlain le molestaban mucho más los insultos de los checos que los de los alemanes, y a posteriori se puede colegir que eso sería muy de lamentar.

He aquí un discurso edificante que el 21 de agosto de 1938 pronuncia en la radio Edouard Daladier, nuestro buen Presidente del Consejo:

«Frente a los Estados totalitarios, que se preparan y se arman sin ponerle ningún límite a la duración del trabajo, y al lado de los Estados democráticos, esforzados por volver a encontrar su prosperidad y garantizar su seguridad, y que además han adoptado la semana de 48 horas, Francia, más empobrecida cuanto más amenazada, ¿cuánto tiempo perderá en

controversias que corren el riesgo de comprometer su futuro? Mientras la situación internacional siga siendo tan delicada, es preciso que se pueda trabajar más de 40 horas, llegar hasta 48 horas en las empresas involucradas en la defensa nacional.»

Cuando leí la transcripción de su discurso, me dije que no cabía duda de que volver a poner a trabajar a los franceses era un fantasma eterno de la derecha francesa. Estaba escandalizado por el hecho de que las élites reaccionarias, siendo tan poco conscientes de la situación, sólo pensaran en utilizar la crisis de los Sudetes para ajustar cuentas con el Frente Popular. Hay que decir que en 1938, en la prensa burguesa, los editorialistas estigmatizaban sin ningún pudor a los trabajadores cuyo único pensamiento era aprovechar sus pequeñas vacaciones pagadas.

Pero mi padre me recordó oportunamente que Daladier era un socialista radical, y por tanto había debido de formar parte del Frente Popular. Lo acabo de verificar y, en efecto, es alucinante: ¡Daladier era ministro de la Defensa nacional en el gobierno de Léon Blum! Me he quedado sin habla. Voy a tratar de recapitular: Daladier, antiguo ministro de la Defensa nacional del Frente Popular, invoca razones de defensa nacional, pero no para impedir que Hitler desmiembre Checoslovaquia, sino para retractarse de la semana de 40 horas, precisamente una de las conquistas del Frente Popular. A ese nivel de estupidez política, la traición puede llegar casi a cotas de obra de arte.

26 de septiembre de 1938: Hitler debe arengar a las masas enloquecidas en el Palacio de Deportes de Berlín. Deja plantada a una delegación británica que ha venido a comunicarle la negativa de los checos a evacuar los Sudetes, diciéndole sobre la marcha: «¡Tratan a los alemanes como a negros! El 1.º de octubre, haré con Checoslovaquia lo que me dé la gana. Si Francia e Inglaterra deciden atacar, ¡peor para ellos! ¡Me importa una

mierda! Es inútil proseguir con las negociaciones, ¡carecen de sentido!» Y se marcha.

Luego, desde la tribuna, delante de su público fanatizado:

«Durante veinte años, los alemanes de Checoslovaquia han tenido que sufrir las persecuciones de los checos. Durante veinte años, los alemanes del Reich han contemplado ese espectáculo. Me refiero más bien a que han sido obligados a ser meros espectadores: porque el pueblo alemán jamás había aceptado esa situación, pero no tenía armas, no podía ayudar a sus hermanos contra aquellos que los estaban martirizando. Hoy, en cambio, es diferente. ¡Y el mundo de las democracias se indigna! Durante estos años hemos aprendido a despreciar a los demócratas de este mundo. En toda nuestra época, no hemos encontrado más que un solo Estado que pueda considerarse una gran potencia europea, y, a la cabeza de ese Estado, a un solo hombre capaz de comprender el desamparo de nuestro pueblo: es mi gran amigo Benito Mussolini (la muchedumbre grita: *Heil Duce!*). El señor Beneš está en Praga, convencido de que no le puede ocurrir nada porque tiene detrás a Francia y a Inglaterra (hilaridad prolongada). Compatriotas, creo que ha llegado el momento de hablar alto y claro. El señor Beneš tiene un pueblo de siete millones de individuos detrás de él, y aquí hay un pueblo de setenta y cinco millones de hombres (aplausos entusiastas). Le he asegurado al Primer ministro británico que una vez esté resuelto este problema, no habrá ya más problemas territoriales en Europa. No queremos checos en el Reich, pero yo declaro ante el pueblo alemán: en lo que concierne a la cuestión de los Sudetes, mi paciencia ha llegado al límite. Ahora, el señor Beneš tiene en sus manos la paz o la guerra. O acepta esta oferta y libera por fin a los alemanes de los Sudetes, o iremos a buscar esa libertad nosotros mismos.

Que el mundo lo sepa de una vez.»

A la crisis de los Sudetes se deben los primeros testimonios formales de la locura de Hitler. En esa época, sólo con nombrar en su presencia a Beneš y a los checos, le daba tal ataque de ira que podía perder por completo el control de sí mismo. Hay quien cuenta haberlo visto tirarse al suelo y morder de rabia el borde de la alfombra. Esos ataques de demencia le valieron enseguida, entre los medios hostiles al nazismo, el sobrenombre de *Teppichfresser*<sup>[1]</sup> («Comealfombras»). No sé si conservó por mucho tiempo ese hábito de masticador furioso, o por el contrario esa sintomatología desapareció después de Múnich.

## 63

28 de septiembre de 1938, tres días antes de los acuerdos. El mundo contiene el aliento. Hitler está más amenazante que nunca. Los checos saben que si abandonan a los alemanes la barrera natural que constituye para ellos la región de los Sudetes, se pueden dar por muertos. Chamberlain declara: «¿No es espantoso, fantástico, inaudito, que todos estemos cavando trincheras por culpa de una disputa surgida en un país lejano, entre gente de la que no sabemos nada?»

## 64

Saint-John Perse pertenece a esa familia de escritores-diplomáticos, como Claudel o Giraudoux, que me asquea como la sarna. En su caso, esta repugnancia instintiva me parece particularmente justificada, si se tiene en cuenta su comportamiento durante septiembre de 1938.

Alexis Leger (ése es su verdadero nombre, y ligero lo fue y mucho) acompaña a Daladier a Múnich en calidad de secretario general del Quai d'Orsay. Pacifista radical, ha maniobrado sin descanso para convencer al presidente del Consejo francés de que ceda a todas las exigencias alemanas.

Está presente cuando se hace pasar a los representantes checos para informarlos de su suerte, doce horas después de la firma del acuerdo decidido sin ellos.

Hitler y Mussolini ya se han marchado, Chamberlain bosteza ostensiblemente y Daladier disimula mal su nerviosismo detrás de una violenta altanería. Cuando los checos, anonadados, preguntan si se espera de su gobierno alguna respuesta o una declaración cualquiera, es posible que sea la vergüenza la que lo enmudece (¡y casi los ahoga, a él y a los demás!). Quizá por este motivo quien se encargará de responder será su colaborador, haciéndolo con una arrogancia y una desenvoltura que el ministro checo de Asuntos Exteriores, su interlocutor, calificará más tarde con una lacónica observación acerca de la que todos deberíamos meditar: «Es un francés.»

Una vez cerrado el acuerdo, no se esperaba ninguna respuesta. Sí, en cambio, que el gobierno checo envíe a Berlín a su representante ese mismo día, a las 15 horas como muy tarde (eran las 3 de la mañana), para asistir a la reunión de la comisión encargada de aplicar el acuerdo. Asimismo, un oficial checoslovaco deberá volver a Berlín el sábado para fijar los detalles de la evacuación. El tono del diplomático se endurece a medida que va profiriendo sus tajantes órdenes. Uno de los dos representantes checos se deshace en lágrimas frente a él. Impaciente y como para justificar su brutalidad, añade que la atmósfera empieza a volverse peligrosa en todo el mundo. ¡Venga ya!

Será, por tanto, un poeta francés quien pronuncie casi oficialmente la sentencia de muerte de Checoslovaquia, el país que yo más amo en el mundo.

A las puertas de su hotel en Múnich, un periodista le interroga:

—Pero, dígame, señor embajador, ese acuerdo es por lo menos un alivio, ¿no?

Silencio. Luego el secretario del Quai d'Orsay suspira:  
—Por supuesto, un alivio, sí... ¡como cuando uno se lo hace encima de sus pantalones!

Esta revelación tardía forrada de un eufemismo no basta para reparar su infame actitud. Saint-John Perse se ha portado como un gran mierda. Seguro que él habría dicho, con su preciosismo ridículo de diplomático envarado, «un excremento».

66

En el *Times*, sobre Chamberlain: «Jamás ningún conquistador, después de una victoria obtenida en un campo de batalla, había vuelto tan adornado de los más nobles laureles.»

67

Chamberlain en el balcón, en Londres: «Mis queridos amigos —dice—, por segunda vez en nuestra historia hemos traído de nuevo la paz honorable desde Alemania a Downing Street. Creo que esta vez la paz durará toda la vida.»

68

Krofta, ministro de Asuntos Exteriores checo: «Se nos ha impuesto esta situación; ahora nos toca a nosotros; mañana será a otros.»

69

Por una pueril pedantería, tenía escrúpulos de mencionar la más célebre frase francesa en todo este sombrío asunto, pero no puedo dejar de citar a Daladier, al descender del avión, aclamado por la muchedumbre: «¡Ah, esos gilipollas! ¡Esos gilipollas ya están advertidos!...».

Algunos dudan de que haya pronunciado alguna vez esas palabras, de que tuviera esa lucidez y ese residuo de lustre. Parece que fue Sartre quien propagó la cita apócrifa, en su novela *La prórroga*.

70

En todos los casos, las frases de Churchill en la Cámara de los comunes son las que demuestran mayor clarividencia, y, como siempre, más grandeza:

«Hemos sufrido una derrota total y absoluta.»

(Churchill debe interrumpirse durante largos minutos hasta que cesan los silbidos y los gritos de protesta.)

«Estamos en medio de una catástrofe de enormes proporciones. El camino de la desembocadura del Danubio, el camino del mar Negro, está abierto. Uno tras otro, todos los países de Europa central y de la cuenca del Danubio se verán arrastrados por el vasto sistema de la política nazi emanada desde Berlín. Y no vayáis a creer que ése será el final, no, ése no es más que el principio...»

Poco tiempo después, Churchill hace una síntesis al pronunciar su quiasmo inmortal: «Teníais que escoger entre la guerra y el deshonor. Habéis escogido el deshonor. Tendréis la guerra.»

71

«*Suena y suena la campana de la traición.*

*¿De quién son esas manos que la han tocado?*

*De la dulce Francia, de la fiera Albión,*

*y a las dos las hemos amado.»*

(František Halas)

72

«Sobre el medio cadáver de una nación traicionada, Francia se ha rendido al belote y a Tino Rossi.» (Montherlant)

73

Frente a las pretensiones arrogantes de Alemania, las dos grandes democracias del Oeste se han achantado, Hitler puede brincar de júbilo. Pero en cambio, regresa a Berlín de pésimo humor, maldiciendo a Chamberlain: «¡Ese individuo me ha privado de mi entrada en Praga!» ¿Qué le importan a él unas montañas de más? Al obligar al gobierno checo a hacer todas las concesiones, Francia e Inglaterra, esas dos naciones sin coraje, han despojado momentáneamente al dictador alemán de la posibilidad de lograr su verdadero objetivo: no ya amputar, sino «borrar a Checoslovaquia del mapa», es decir, transformarla en provincia del Reich. Siete millones de checos, setenta y cinco millones de alemanes... la partida se aplaza...

74

En 1946, en Núremberg, el representante de Checoslovaquia preguntará a Keitel, jefe del Estado Mayor alemán: «Si las potencias occidentales hubieran apoyado a Praga, ¿el Reich habría atacado Checoslovaquia en 1938?» A lo que Keitel responderá: «Ciertamente que no. A nivel militar, no éramos tan fuertes.»

Ya puede Hitler echar pestes, pero fueron Francia e Inglaterra las que le abrieron la gran puerta de la que él no tenía la llave. Y, evidentemente, ante un favor así, le incitaron a dar el primer paso.

Fue en la Bürgerbräukeller, la gran cervecería de Múnich, donde todo había empezado exactamente quince años antes. Pero esta noche, por una vez, la cosa no está para conmemoraciones, por mucho que se hayan desplazado tres mil personas hasta ese lugar. Todos los oradores que se han sucedido en la tribuna han clamado venganza; anteayer, en París, un judío de diecisiete años ha matado a un secretario de la embajada de Alemania porque habían deportado a su padre. Heydrich es el más indicado para saber que la pérdida no es muy grande: el secretario de embajada estaba siendo vigilado por la Gestapo porque estaba acusado de antinazismo. Pero hay que aprovechar la ocasión. Goebbels le ha confiado una misión de gran envergadura. Mientras la velada está en su apogeo, Heydrich dicta sus órdenes: las manifestaciones espontáneas se llevarán a cabo por la noche. Todas las oficinas de la policía del Estado deben ponerse en contacto inmediatamente con los responsables del Partido y con los de la SS. Las manifestaciones que van a tener lugar no serán reprimidas por la policía. Se tomarán las medidas necesarias que no comporten ningún peligro para la vida y los bienes de los alemanes (por ejemplo, no se incendiarán las sinagogas cuando se corra el riesgo de que el fuego pueda alcanzar a los edificios contiguos). Los comercios y las casas particulares de los judíos pueden ser destruidos pero no saqueados. Se detendrá a tantos judíos, sobre todo si son ricos, como puedan caber en las cárceles actualmente existentes. Una vez arrestados, habrá que avisar inmediatamente a los campos de concentración apropiados a tal efecto, con el fin de internarlos en ellos a la mayor brevedad. La orden es transmitida a la 1:20 h.

Los SA ya se han puesto en marcha, los SS les marcan el paso. En las calles de Berlín y en las de todas las grandes ciudades de Alemania, los

escaparates de los comercios judíos vuelan en mil pedazos, los muebles de las casas judías salen por la ventana, y los judíos mismos son molestados, cuando no detenidos e incluso asesinados. Se ven máquinas de escribir, máquinas de coser y hasta pianos destrozados contra el suelo. Durante toda la noche se suceden los expolios. La gente honrada se encierra en su casa, los más curiosos asisten al espectáculo, cuidándose mucho de intervenir, como fantasmas silenciosos, sin que se pueda determinar la naturaleza de su silencio, cómplice, desaprobador, incrédulo o satisfecho. En un lugar cualquier de Alemania golpean la puerta de una anciana de ochenta y un años. Cuando abre a los SA, ríe sarcásticamente: «¡Vaya, menuda visita honorable tengo hoy!» Pero cuando los SA le piden que se vista y los acompañe, ella se sienta en su sofá y declara: «No pienso vestirme ni ir a ninguna parte. Hagan conmigo lo que quieran.» El jefe de la cuadrilla desenfunda y le pega un tiro en el pecho. Ella se desploma sobre el sofá. Él le mete una segunda bala en la cabeza. Cae del sofá y rueda sobre sí misma. Pero todavía no está muerta. Con la cabeza vuelta hacia la ventana, emite un leve estertor. Entonces el jefe le pega un tercer tiro en medio de la frente, a diez centímetros.

En otra parte, un SA sube al tejado de una sinagoga saqueada y levanta los rollos de la Torá gritando: «¡Limpiaos el culo con esto, judíos!» Y se los lanza como una serpentina de carnaval, ya con ese estilo suyo inimitable.

En el informe de un alcalde de pueblo puede leerse: «La acción contra los judíos se ha desarrollado con rapidez y sin tensión digna de reseñar. Tal como estaba previsto, un matrimonio judío ha sido arrojado al Danubio.»

Todas las sinagogas están en llamas, pero Heydrich, que conoce su oficio, ha ordenado que todos los archivos que puedan encontrarse se transfieran al QG<sup>[\*]</sup> del SD. A la Wilhelmstrasse llegan cajas repletas de documentos. A los nazis les gusta quemar los libros, pero no los registros. ¿Eficacia alemana? A saber con qué valiosos papeles se habrá limpiado el culo más de un SA...

Al día siguiente, Heydrich le hace llegar al propio Goering un primer informe confidencial: la importancia de las destrucciones, por lo que respecta a las tiendas y casas judías, no puede ser todavía confirmada por las cifras. 815 comercios destruidos y 171 casas incendiadas o destruidas no

indican más que una fracción de los verdaderos estropicios. Se ha pegado fuego a 119 sinagogas y otras 76 han sido completamente derruidas. 20.000 judíos han sido arrestados. Hay que señalar 36 muertos. Los heridos graves son también 36. Tanto los muertos como los heridos son judíos.

También se ha informado a Heydrich de algunas violaciones: en general, se trata de violaciones tipificadas en las leyes raciales de Núremberg. Por consiguiente, los culpables serán detenidos, expulsados del Partido y remitidos a la justicia. En cambio, no se tomarán medidas contra quien haya cometido algún asesinato.

Dos días más tarde, en el ministerio de Transportes Aéreos, Goering preside una reunión con el fin de hallar un medio de hacerles endosar a los judíos el coste de los destrozos ocasionados. Como hace notar el portavoz de las compañías de seguros, sólo el precio de los cristales de las ventanas rotas se eleva a cinco millones de marcos (por eso se le llamará «la noche de cristal»)<sup>[\*]</sup>. También se pone de manifiesto que los propietarios de las tiendas judías son a menudo arios, a los que habrá que indemnizar. Goering estalla. Nadie, aparentemente, había pensado en el coste económico de la operación, y menos aún el ministro de Economía. Grita a Heydrich que más habría valido matar a doscientos judíos que destruir tantos objetos valiosos. Heydrich, humillado, le responde que ha habido por lo menos 36 judíos asesinados.

En cuanto se encuentra una solución para hacer pagar los desperfectos a los propios judíos, Goering se tranquiliza y el ambiente se relaja. Heydrich lo escucha bromear con Goebbels acerca de la creación de reservas para judíos en el bosque. Según Goebbels, habría que introducir en ellas algunos animales que tengan un espantoso aire judío, como el alce, con su nariz ganchuda. Toda la concurrencia ríe alegremente, salvo el responsable de las compañías de seguros, poco convencido del plan de financiamiento elaborado por el mariscal de campo. Heydrich tampoco ríe.

Al acabar la reunión, cuando ya se ha decidido confiscar todos los bienes a los judíos y prohibirles cualquier forma de participación en los negocios, considera útil regresar al debate:

—Aunque los judíos sean eliminados de la vida económica, el problema mayor sigue existiendo. Éste consiste en echar a los judíos fuera de

Alemania. Mientras tanto —sugiere él—, habría que ponerles un signo distintivo para poder reconocerlos.

—¡Un uniforme! —exclama Goering, siempre aficionado a las cosas vestimentarias.

—Mejor una insignia —replica Heydrich.

## 76

La reunión, sin embargo, no acaba con esa nota profética. En adelante, los judíos serán excluidos de las escuelas públicas, de los hospitales públicos, de las playas y de los balnearios. Deben hacer sus compras en horarios restringidos. En cambio, como consecuencia de las objeciones de Goebbels, se renuncia a que tengan un vagón o un compartimento aparte en los transportes públicos, porque, ¿qué pasaría si se diera el caso de que hubiera una gran afluencia? ¡Los alemanes se amontonarían en su zona mientras los judíos tendrían su vagón para ellos solos! Como puede verse, el nivel de la discusión alcanza cotas muy técnicas y concretas.

Heydrich propone más restricciones de desplazamiento. Goering, completamente recuperado de su cólera pasajera, saca entonces, como quien no quiere la cosa, una cuestión fundamental: «Pero, mi querido Heydrich, no podrías evitar crear guetos a gran escala en todas las ciudades. No habrá más remedio, si se llega a eso.»

Al parecer, Heydrich responde con tono apremiante:

«Sobre el problema de los guetos, quiero dejar clara mi posición enseguida. Desde el punto de vista policial, estimo imposible establecer un gueto que tenga la forma de un barrio completamente aislado, donde sólo vivieran judíos. No se puede controlar un gueto en el que toda la población sea una mezcla confusa de judíos. Eso equivaldría a crear una guarida de criminales y un foco de epidemias. Es cierto que no queremos dejar que los judíos habiten en los mismos edificios que la población alemana; pero por ahora, en las viviendas aisladas o en los edificios comunes, los alemanes obligan al judío a comportarse correctamente. Es mejor controlarlo

sometiéndolo a la atenta mirada vigilante de toda la población, que amontonarlo a millares en un barrio donde yo no pueda controlar adecuadamente su vida cotidiana con agentes uniformados.»

Raoul Hilberg ve en este «punto de vista policial» el concepto que Heydrich tiene tanto de su oficio como de la sociedad alemana: el de considerar a toda la población como una especie de policía auxiliar, encargada de vigilar y de señalar cualquier comportamiento sospechoso por parte de los judíos. La insurrección del gueto de Varsovia en 1943, que el ejército alemán tardará tres semanas en aplastar, confirmará su análisis: no se puede fiar uno de los judíos. Además, sabe también perfectamente que los microbios no hacen distinciones de razas.

Físicamente, monseñor Tiso es un tipo gordito. Históricamente, su lugar está al lado de los mayores colaboracionistas. Su odio hacia el poder central checo sellará su destino como el Pétain eslovaco. El arzobispo de Bratislava ha dedicado toda su vida a la independencia de su país y hoy, gracias a Hitler, alcanza su objetivo. El 13 de marzo de 1939, cuando las divisiones de la Wehrmacht están a punto de invadir Bohemia y Moravia, el canciller del Reich recibe al futuro presidente eslovaco.

Como siempre, Hitler habla y su interlocutor escucha. En esta ocasión, Tiso no sabe si debe regocijarse o echarse a temblar. ¿Por qué lo que ha venido deseando desde siempre debe llegar bajo forma de un ultimátum y de un chantaje?

Hitler le explica: Checoslovaquia le debe sólo a Alemania no haber sido mucho más mutilada. El Reich, contentándose con anexionarse la región de los Sudetes, ha dado prueba de una gran mansedumbre. Sin embargo, los checos no le han manifestado ningún reconocimiento. A lo largo de las últimas semanas, la situación se ha vuelto insostenible. Demasiadas provocaciones. Los alemanes que todavía residen allí están siendo

oprimidos y perseguidos. Vuelve a aflorar el espíritu del gobierno Beneš (cuya sola mención enciende a Hitler).

Los eslovacos le han decepcionado. Después de Múnich, ha tenido que reñir con sus amigos los húngaros al no permitirles que se apoderen de Eslovaquia. Lo hizo porque creía que los eslovacos querían su independencia.

¿Eslovaquia desea su independencia, sí o no? Es cuestión, no ya de días, sino de horas. Si Eslovaquia quiere su independencia, él la ayudará, y la tomará bajo su protección. Pero si se niega a separarse de Praga, o incluso si duda en hacerlo, él abandonará Eslovaquia a su destino: estará a merced de unos acontecimientos de los que él ya no será responsable.

En ese preciso momento, Hitler se hace entregar un informe por Ribbentrop, que pretendidamente acaba de llegar, según el cual se han detectado movimientos de tropas húngaras en la frontera eslovaca. Esta pequeña puesta en escena permite a Tiso, caso de que lo necesitara, comprender la urgencia de la situación, así como los dos términos de la alternativa: o Eslovaquia declara su independencia para jurar fidelidad a Alemania, o es engullida por Hungría.

Tiso responde: los eslovacos sabrán mostrarse dignos de la benevolencia del Führer.

A cambio de la cesión de los Sudetes a Alemania, Checoslovaquia había creído garantizarse en Múnich la integridad de sus nuevas fronteras por Francia e Inglaterra. Pero la independencia de Eslovaquia modifica el reparto de papeles. ¿Acaso se puede proteger un país que ya no existe? El compromiso adquirido era con Checoslovaquia, no con Chequia sola. Ésa será la respuesta de los diplomáticos ingleses a sus homólogos de Praga que acudieron a pedirles ayuda. Estamos en la víspera de la invasión alemana. La cobardía de Francia e Inglaterra, en esta ocasión, está amparada por una absoluta legalidad.

El 14 de marzo de 1939, a las 22:40 h., un tren proveniente de Praga entra en la estación de Anhalt, en Berlín. Desciende de él un viejo vestido de negro, con el labio colgando, poco pelo y la mirada apagada. El presidente Hách, que ha sustituido a Beneš después de lo de Múnich, ha venido a suplicarle a Hitler que trate a su país con indulgencia. No ha cogido un avión porque padece del corazón; lo acompaña su hija así como su ministro de Asuntos Exteriores.

Hách se teme lo que le espera aquí. Sabe que tropas alemanas han franqueado ya la frontera, y se concentran en torno a Bohemia. La invasión es inminente, y si se ha desplazado hasta allí es para negociar una rendición honrosa. Supongo que estaría preparado para aceptar unas condiciones similares a las impuestas a Eslovaquia: un estatuto de nación independiente pero bajo tutela alemana. Con ello, temía ni más ni menos que la desaparición total de su país.

Cuando pone el pie en el andén, cuál no sería su sorpresa al ser recibido por una guardia de honor. El ministro de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, ha acudido en persona. Le ofrece a su hija un magnífico ramo de flores. El cortejo que precede a la delegación checa es digno de un jefe de Estado, lo que todavía sigue siendo. Hách respira un poco más a gusto. Los alemanes lo han instalado en la mejor suite del suntuoso hotel Adlon. Sobre su cama, su hija encuentra una caja de bombones, cortesía personal del Führer.

El presidente checo es conducido a la Cancillería, donde los SS le forman una guardia de honor. Hách se sosiega un poco más.

Su impresión, sin embargo, se matiza cuando penetra en el despacho del Canciller. A ambos lados de Hitler, reconoce a Goering y a Keitel, cuya presencia, en calidad de jefe del ejército alemán, no augura nada bueno. La expresión de la cara de Hitler no es tampoco la que podía esperarse, a la vista del buen recibimiento que se le había reservado hasta entonces. La escasa seguridad que había recuperado se volatiliza, y Emil Hách, en ese preciso momento, se abisma irremediablemente en el torbellino de la Historia.

«Puede asegurarle al Führer —le dice al traductor— que jamás me he mezclado en política. Nunca, por así decir, me he cruzado con Beneš ni con Masaryk, y por lo que a mí respecta siempre me han sido antipáticos. Siempre he tenido la mayor aversión por el gobierno de Beneš, hasta tal punto que después de Múnich me he preguntado si realmente sería algo bueno que permaneciéramos como un estado independiente. Estoy convencido de que el destino de Checoslovaquia está en manos del Führer, y estoy convencido de que está en buenas manos. El Führer, no me cabe la menor duda, es hombre que comprende mi punto de vista cuando le digo que Checoslovaquia tiene derecho a una existencia nacional. Se le reprocha a Checoslovaquia que tenga todavía demasiados partidarios de Beneš, pero mi gobierno se afana por todos los medios en reducirlos al silencio.»

Hitler toma, a su vez, la palabra y sus frases, según el testimonio del traductor, dejan de piedra a Hácha:

«El viaje emprendido por el presidente, a pesar de su edad, puede ser muy beneficioso para su país. Alemania, en efecto, se prepara para intervenir en las próximas horas. No albergo ninguna enemistad contra ninguna nación. Si el Estado-muñón de Checoslovaquia ha seguido existiendo, se debe únicamente a que yo lo he permitido, y a que he respetado lealmente mis compromisos. ¡Pero incluso después de la marcha de Beneš, la actitud de Checoslovaquia no ha cambiado! ¡Os lo había avisado! ¡Había dicho que si las provocaciones continuaban, destruiría por entero el Estado checoslovaco! ¡Y no han cesado! Ahora ya se han tirado los dados... He ordenado a las tropas alemanas *invadir el país y he decidido incorporar Checoslovaquia al Reich alemán.*»

El traductor ha declarado, a propósito de Hácha y de su ministro: «Sólo sus ojos demostraban que estaban vivos.»

Hitler prosigue:

«Mañana a las 6, el ejército alemán penetrará en Checoslovaquia por todos los lados a la vez y la aviación alemana ocupará los aeródromos. Pueden darse dos eventualidades.

»O bien la entrada de las tropas alemanas da lugar a combates, en cuyo caso la resistencia será doblegada por la fuerza bruta.

»O bien la entrada de las tropas alemanas tiene lugar de manera pacífica, y entonces permitiré en Chequia, sin ningún obstáculo, un régimen propio en gran medida, con autonomía y una cierta libertad nacional.

»No es el odio lo que me mueve, mi único objetivo es la protección de Alemania, pero si Checoslovaquia no hubiera cedido cuando lo de Múnich, habría exterminado al pueblo checo sin el menor titubeo, ¡y nadie lo habría podido impedir! Hoy, si los checos quieren luchar, el ejército checo habrá dejado de existir en dos días. Naturalmente, habrá también víctimas entre los alemanes, lo que alimentará un odio contra el pueblo checo que me obligará, por deseo de autoconservación, a no conceder ninguna autonomía.

»El mundo se burla de vuestra suerte. Cuando leo la prensa extranjera, me compadezco de Checoslovaquia. Me lleva a pensar en la célebre cita de *Otelo*: “El Moro ha cumplido con su deber, el Moro puede partir...”».

Por lo visto, esta cita es proverbial en Alemania, pero no comprendo muy bien por qué Hitler la utiliza aquí ni qué es lo que quiere decir... ¿Quién es el Moro? ¿Checoslovaquia? Pero entonces, ¿qué deber ha cumplido? ¿Y hacia dónde podría partir?

Primera hipótesis: desde el punto de vista alemán, Checoslovaquia ha servido a las democracias occidentales con su misma existencia, debilitando a Alemania desde 1918. Ahora que ya ha cumplido con su misión, puede dejar de existir. Pero esto es, cuando menos, inexacto: la creación de Checoslovaquia supone la ratificación del desmantelamiento de Austria-Hungría, no de Alemania. Es más, si el deber de Checoslovaquia hubiera sido debilitar a Alemania, 1939 parece un momento poco oportuno para abandonarla, justo cuando Alemania refuerza su poder, se anexiona Austria y se vuelve cada vez más amenazante.

O bien, segunda hipótesis: el Moro representa las democracias occidentales, que han hecho lo que han podido en Múnich para limitar los daños (el Moro ha cumplido con su deber), pero se cuidarán mucho de intervenir en adelante (el Moro puede partir)... Salvo que, en boca de Hitler, se entienda que el Moro encarna a la víctima, al extranjero que es utilizado, y designa a Checoslovaquia.

Tercera hipótesis: el propio Hitler no sabe muy bien lo que ha querido decir; sencillamente no se ha aguantado las ganas de plantar una cita, y su escasa cultura literaria no le da para hallar otra más adecuada. En ese caso, habría podido contentarse con un «*Vae victis!*» más idóneo a la situación, simple pero siempre eficaz. O bien francamente callarse, ya que, como dijo Shakespeare, «el crimen, aunque falto de palabras, se expresa con una maravillosa elocuencia...».

## 80

Ante el Führer, Hácha está completamente hundido. Ha confirmado que la situación está muy clara y que resistir sería una locura. Pero son las dos de la mañana, sólo le quedan cuatro horas para impedir que el pueblo checo se defienda. Según Hitler, la máquina militar alemana está ya en marcha (lo que es cierto) y nada podrá detenerla (desde luego, nadie parece deseoso de intentarlo). Es preciso que Hácha firme la capitulación inmediatamente y que se informe de ello a Praga. La alternativa que ha presentado Hitler es muy simple: o la paz ahora y una larga colaboración entre los dos pueblos, o la aniquilación de Checoslovaquia.

Completamente petrificado, el presidente Hácha es ayudado por Goering y Ribbentrop a sentarse ante una mesa sobre la que está el documento que ha de firmar. Le han puesto la pluma en la mano, pero tiembla. La pluma se detiene antes de tocar el papel. En ausencia del Führer, que casi nunca se queda para los detalles, Hácha tiene un sobresalto. «No puedo firmar esto —dice—. Si firmo la capitulación, seré para siempre maldecido por mi pueblo.» Y fue exactamente eso lo que ocurrió.

Goering y Ribbentrop deben de emplearse a fondo en convencer a Hácha de que es demasiado tarde para echarse atrás. Lo cual da origen a esa escena grotesca en la que, según los testimonios, los dos ministros nazis se ponen literalmente a hostigar a Hácha alrededor de la mesa, colocándole una y otra vez la pluma en la mano, conminándolo a sentarse y a firmar el odioso documento. Al mismo tiempo, Goering vociferará sin parar: si

Háchá se mantiene en su negativa, media Praga será destruida en dos horas por la aviación alemana... ¡eso para empezar! Centenares de bombarderos están esperando sólo una orden para despegar, orden que recibirán a las seis si la capitulación no está firmada a esa hora.

Entre medias, Háchá se tambalea y se desmaya. Ahora son los dos nazis quienes están petrificados ante su cuerpo inerte. Hay que reanimarlo como sea, porque si muere, se acusará a Hitler de haberlo hecho asesinar en la mismísima Cancillería. Afortunadamente para ellos, tienen a mano a un as de las inyecciones, el doctor Morell, el mismo que dopará a Hitler con anfetaminas hasta su muerte con varias inyecciones diarias (lo que, dicho sea de paso, probablemente guarde alguna relación con la creciente demencia del Führer). Morell aparece y pincha a Háchá, que llega a despertarse. Enseguida le ponen un teléfono en la mano, ya que, vista la urgencia, el papel puede esperar. Ribbentrop se había encargado de instalar una línea especial conectada directamente con Praga. Háchá reúne sus escasas fuerzas; informa al gabinete checo en Praga de lo que ocurre en Berlín y aconseja la capitulación. Le ponen una inyección más y lo conducen ante el Führer, que le presenta de nuevo el maldito documento. Son casi las cuatro de la mañana, Háchá firma. «He sacrificado el Estado para salvar a la nación», cree el muy imbécil. Evidentemente, la estupidez de Chamberlain era contagiosa...

«Berlín, 15 de marzo de 1939.

»A petición suya, el Führer ha recibido hoy en Berlín al Doctor Háchá, presidente de Checoslovaquia [los alemanes, por lo visto, no habían admitido todavía oficialmente la independencia de Eslovaquia, que sin embargo ellos mismos habían orquestado], al Doctor Chvalkovsky, ministro de Asuntos Exteriores de Checoslovaquia, en presencia del señor von Ribbentrop, ministro de Asuntos Exteriores. En el transcurso de la reunión,

se ha examinado con total franqueza la grave situación creada por los acontecimientos de las últimas semanas en el actual territorio checoslovaco.

»Ambas partes se han declarado una a la otra convencidas de que deben hacerse todos los esfuerzos posibles para mantener la calma, el orden y la paz en esa parte de Europa central. El presidente del Estado checoslovaco ha declarado que, para alcanzar ese objetivo y para llegar a la pacificación definitiva, ha entregado, con total confianza, el destino del país y del pueblo checo en manos del Führer del Reich alemán. El Führer ha apreciado esta declaración; ha expresado su intención de poner al pueblo checo bajo la protección del Reich alemán y de garantizarle el desarrollo autónomo de su vida étnica, tal como conviene a su carácter propio.»

## 82

Hitler está exultante. Abraza a todas las secretarias, a las que declara: «¡Hijas mías, hoy es el día más hermoso de mi vida! ¡Mi nombre quedará en la Historia, seré considerado el alemán más grande que jamás haya existido!»

Para celebrarlo, decide dirigirse a Praga.

## 83

La ciudad más bella del mundo se halla agitada como por espasmos esporádicos. Los alemanes locales tratan de provocar un motín. Los manifestantes desfilan por la Václavské náměstí, la inmensa avenida dominada por el imponente Museo de historia natural. Los provocadores buscan camorra, pero la policía checa ha recibido la orden de no intervenir. La violencia, el pillaje, el vandalismo de quienes esperan la llegada de sus hermanos nazis son auténticos gritos de guerra cuyo eco no resuena en el silencio de la capital.

La noche se abate sobre la ciudad. Un viento helado barre las calles de Praga. Sólo un puñado de adolescentes excitados profieren algunos insultos a unos policías de guardia en las inmediaciones de la *Deutsches Haus*, la Casa de Alemania. Bajo el reloj astronómico, en la plaza de la Ciudad Vieja, el pequeño esqueleto tira de su cuerdecilla cada hora desde hace lustros. Da la medianoche. Se oye el crujido característico de los postigos de madera, pero esa noche apuesto a que nadie se molesta en mirar el desfile de los pequeños autómatas que regresan muy rápido a las entrañas de la torre donde estarán quizá más seguros. Imagino bandadas de cuervos volando alrededor de Nuestra Señora de Tyn, la sombría catedral erizada de siniestras atalayas. Bajo el puente Carlos corre el Vltava. Bajo el puente Carlos corre el Moldau. El río apacible que atraviesa Praga tiene dos nombres, uno checo, el otro alemán, y no cabe duda de que sintomáticamente uno de los dos sobra.

Los checos, entre nervios, tratan de conciliar el sueño. Todavía confían en que haya concesiones suplementarias que calmen el apetito de los alemanes, pero, ¿qué concesiones quedan por hacer? Para amansar al ogro hitleriano, cuentan con el servilismo de su presidente Hách. Su voluntad de resistencia ha sido quebrada en Múnich por la traición de Francia e Inglaterra. Sólo tienen su pasividad para oponerse al belicismo nazi. Lo que queda de Checoslovaquia no aspira más que a ser una pequeña nación pacífica, pero la gangrena inoculada hace siglos por Premysl Otakar II no podrá cambiar nada. Antes del alba, la radio anuncia los términos del acuerdo cerrado entre Hách y Hitler. Es la anexión, lisa y llanamente. La noticia estalla como una bomba en cada hogar checo. No ha amanecido todavía cuando por las calles emerge un zumbido, primero como un rumor sordo, que se transforma progresivamente en algarabía y luego en un tumulto generalizado. Poco a poco, la gente sale de su casa. Algunos llevan una pequeña maleta: son los que corren a precipitarse a las puertas de las embajadas para pedir asilo y protección, que les es denegado por sistema. Hay que señalar los primeros casos de suicidio.

A las nueve, el primer carro de combate alemán penetra finalmente en la ciudad.